



"Frutos y Dones del Espíritu Santo"

Por Fray Thomas Keating, O.C.S.O.



Indice

CAPÍTULOS:

- 1. La Divina Inhabitación (1ª parte)**
- 2. La Divina Inhabitación (2ª parte)**
- 3. Los Frutos del Espíritu.**
- 4. Los Dones del Espíritu. (1ª parte)**
- 5. Los Dones del Espíritu. (2ª parte)**
- 6. El Don de Reverencia.**
- 7. El Don de Fortaleza.**
- 8. El Don de Piedad.**
- 9. El Don de Consejo.**
- 10. El Don de Conocimiento (1ª parte).**
- 11. El Don de Conocimiento (2ª parte).**
- 12. El Don de Entendimiento (1ª parte).**
- 13. El Don de Entendimiento (2ª parte).**
- 14. El Don de Sabiduría.**

CAPÍTULO 1

“LA DIVINA INHABITACIÓN”

Parte 1

Para la mayoría de la gente, la vida ordinaria está caracterizada por *la sensación de que Dios está ausente*. No obstante, una poca de metafísica nos alertaría del hecho de que, si Dios no estuviera presente en todo momento, nosotros ni siquiera estuviésemos aquí. La Creación no es un evento-de-un-tiempo. **Es el continuo regalo de Dios en cada nivel**, desde la más humilde partícula hasta la más alta etapa de conciencia.

Sta. Teresa de Ávila escribió: “Todas las dificultades en la oración pueden ser atribuidas a una causa: *rezar como si Dios estuviese ausente*”. Esta es la convicción que nosotros traemos desde nuestra temprana niñez y aplicamos a cada día de vida y a nuestras vidas en general. Se vuelve más fuerte a medida que crecemos, a no ser que estemos ‘tocados’ por el Evangelio y comencemos la travesía espiritual. Esta travesía es un proceso de desmantelamiento de la monumental ilusión de que Dios está distante o ausente. Cuando nuestras peticiones particulares no son atendidas, quedamos más convencidos de que Dios está ausente. Esta es una posición irracional, sin embargo, basada en el juicio de emoción, no en la razón. Desafortunadamente nuestras emociones rebeldes no obedecen a la razón y la voluntad; ellas tienen su propia dinámica. Cuando quiera que nuestra razón y voluntad deciden hacer algo, nuestras emociones se interponen y deciden si las secundarán. Si, nuestro plan contradice su percepción de qué es placentero y qué no, tenemos una conmoción en nuestras manos.

El comienzo, la etapa media y el final de nuestra travesía espiritual es la convicción de que Dios está siempre presente. **A medida que progresamos en nuestra travesía, percibimos la presencia de Dios más y más**. A medida que emergemos de nuestra niñez hacia la plena, auto-conciencia reflexiva, nuestro concepto de cómo Dios está presente en nosotros, generalmente es vago y primitivo. **La travesía espiritual es un proceso gradual** de acrecentar nuestras relaciones emocionales, mentales y físicas con la ‘Divina Realidad’ que está presente en nosotros pero no ordinariamente accesible a nuestras emociones y conceptos.

El dogma de la Trinidad está presente en nosotros como un Dios en tres personas divinas. La primera persona es llamada El Padre. La segunda persona es llamada La Palabra. La tercera persona es llamada el Espíritu Santo, que significa aliento. ¿Has conocido a una persona que era una palabra, o a una persona que era aliento? Eso debería alertarnos al hecho de que, cuando hablamos de Dios, no estamos hablando de una persona a quien conocemos.

El concepto de las personas en Dios se refiere a las relaciones que son solamente analogías de las relaciones en los asuntos humanos. Así, no debemos esperar que Dios esté presente de la manera en que otras personas lo están. El supremo fruto de la espiritualidad del Antiguo Testamento era una educación de largo plazo que gradualmente destetó al Pueblo Elegido fuera de su estrecho concepto de Dios como uno entre muchos otros dioses del cercano oriente, hacia el Trascendente Único. El Dios monoteísta es el gran regalo de Israel a la humanidad.

Dios está presente en nosotros todo el tiempo, pero inaccesible a medida que tenemos ideas y juicios preconcebidos basados únicamente en la retroalimentación que nos proveen nuestros sentidos y sentimientos. Los dichos de Jesús podrían ser parafraseados de la siguiente manera: *“El Reino de Dios está cerca y a la mano—no distante o ausente. Está dentro de ti y en medio de ti.”*

Así, el principio teológico fundamental de la travesía espiritual es la Divina Inhabitación. La Trinidad está presente dentro de nosotros como fuente de nuestro ser en cada nivel. Cada nivel de vida desde el más físico al más espiritual, está sostenido por la divina presencia. Acudir a la liturgia o a la oración pensando que Dios está ausente nos impide relacionarnos apropiadamente con la divina presencia.

El Reino de Dios es básicamente lo que Dios hace en nosotros. Lo divino está presente como energía sosteniendo nuestras actividades físicas, mentales y espirituales sin la interrupción de un momento. Jesús nos está llamando al desarrollo humano pleno, reafianzándonos en nuestra fuente, y capacitándonos para experimentar que esta divina energía es infinitamente tierna, compasiva, nutricia, impulsora y fortaleciente. La experiencia del Padre en Jesús fue el Abbá, Dios de la infinita preocupación y ternura para cada cosa viviente, especialmente el ser humano. Su experiencia de Dios fue revolucionaria en el contexto religioso de su tiempo. Su comprensión está reflejada en los comentarios de los Padres de la Iglesia, y ahora necesita convertirse en la primera lección en cada instrucción catequética y constantemente repetida en sermones y homilías. La Divina Inhabitación de la Santísima Trinidad es una verdad de fe que fácilmente es olvidada o evitada. A pesar de eso es la única de la que depende una conversión personal radical.

En nuestra tradición cristiana nosotros creemos que la Palabra de Dios, revelada en las Escrituras, está dirigida a nosotros. Esa Palabra también se hizo carne para que el ejemplo de Jesús pudiese darnos un patrón de cómo llegar a ser completamente humano y completamente divino. **La Palabra Eterna de Dios se dirige a nosotros a través de las Escrituras y la liturgia para despertarnos a su permanente presencia dentro de nosotros mismos. La Oración Contemplativa es nuestra apertura y despertar a esta relación, a lo que Dios está haciendo por nosotros, ha hecho y hará.**

La Escritura para los primeros cristianos no era tan leída como escuchada, porque los cristianos no tenían libros. Si tú solamente escuchabas el Evangelio una vez por semana y estabas interesado en la travesía espiritual, habrías ido a la Iglesia y, todo oídos, habrías escuchado las lecturas con todo tu ser. Hemos estado tan insensibilizados leyendo todo bajo el sol, que la vitalidad de las Sagradas Escrituras no fácilmente se hace evidente. Debemos convencernos a nosotros mismos de que **hay una especial presencia de Cristo en las Escrituras que habla a los corazones de aquellos que están abiertos y preparados.** El Espíritu Santo nos da un empujoncito para percibir eso que nosotros oímos referido a nuestra situación personal y tiene la intención de ser un reto y un estímulo para nosotros. Toda vez que hemos entendido que **el Evangelio se dirige a la presencia dentro de nosotros que ya existe, escuchar la Palabra de Dios se convierte en un proceso de gradual iluminación espiritual.**

CAPÍTULO 2

“LA DIVINA INHABITACIÓN”

Parte 2

La Divina Inhabitación se revela en la Oración y la Acción.

Los primeros padres de la Iglesia llamaron a este proceso el desarrollo de los sentidos espirituales. Los sentidos externos perciben la inmediatez de la realidad material. **Los sentidos espirituales perciben la inmediatez de la divina realidad** de varias formas a través de un proceso gradual en el cual la Palabra de Dios es asimilada, interiorizada y comprendida. **A medida que el proceso avanza, los Frutos del Espíritu enumerados por Pablo (Gal. 5:22-23) y por Jesús en las Bienaventuranzas (Mat. 5:3-11) comienzan a emerger.** Estos son signos de que estamos tomando conciencia de la divina presencia.

La primera etapa de este proceso es escuchar con la entera atención de alguien que quiere aprender de un gran Maestro. En el esquema cristiano de las cosas, Jesús es el Iluminado que vive en la asamblea cristiana como el Cristo glorificado.

La liturgia yuxtapone los textos para concientizarnos mediante palabras y símbolos de la divina presencia en nuestro interior y cómo opera en nuestras vidas, tanto en la oración como en la acción. La oración, los sacramentos y las buenas obras son todos dirigidos hacia un gran propósito: concientizarnos de quiénes realmente somos, pero que desconocemos aún. **La recepción de la Eucaristía no es una visita momentánea de Cristo, sino un despertar a su permanente presencia dentro de nosotros, conduciéndonos a una mayor experiencia del Padre.**

El Espíritu da testimonio de la Resurrección de Cristo, fortaleciéndonos con los Frutos del Espíritu y las Bienaventuranzas. En un sentido textual, todo lo que podemos hacer es escuchar el mensaje con buena disposición y comenzar el proceso de dismantelar nuestra ilusión de que Dios está ausente. **En la vida cotidiana la acción del Espíritu se incrementa a medida que tratamos de dar vigencia a los valores del Evangelio.** Los religiosos de la Edad Media llamaron a éste el nivel moral de la Escritura. Cuando estamos motivados por la belleza y el ejemplo de la vida de Jesús, nos concientizamos que podría ser posible superar nuestros programas emocionales de felicidad que nos impiden acceder a la plena luz de la presencia y acción de Dios dentro de nosotros.

Cuando la Palabra de Dios se dirige a nosotros en un nivel más profundo, nos desplazamos al entendimiento alegórico de la Escritura. Nos volvemos conscientes de que las mismas gracias de las que escuchamos en el Evangelio se están haciendo presentes en nuestras propias vidas. Si Jesús pudo soportar las faltas de los Apóstoles, soportará las nuestras. En el nivel alegórico, uno comienza a entender el más profundo significado de la Escritura al cual Jesús invitó a sus discípulos cuando dijo, *“El que tenga oídos, que oiga...”*, implicando que éstos no estaban escuchando al nivel en el cual Él se estaba dirigiendo a ellos. La Palabra de Dios no está dirigida solamente a nuestros oídos, a nuestra mente y nuestro corazón; **está dirigida sobre todo a quienes somos en el más profundo nivel.** Estamos enraizados en Dios, y **al acceder a esa divina energía, estamos unidos a Dios y capaces de hacer lo que Jesús dijo, ser una manifestación de la ternura y compasión de Dios entre las personas que servimos y amamos.**

El nivel alegórico nos despierta al hecho de que Jesús nos está invitando al compromiso de la amistad. Este compromiso nos despeja los diversos niveles de unión que los Padres de la Iglesia llamaron la ‘*vía unitiva*’. Ésta es la conciencia de la permanente presencia de Dios, una presencia que no está indeterminada por lo que nosotros sentimos o pensamos, o por lo que otros hacen, o aún por la tremenda tragedia. Nosotros hemos encontrado nuestra Fuente. Nos volvemos la Palabra de Dios y expresamos la Divina Presencia, así como Jesús lo expresó en su vida cotidiana.

Cada vez que nos movemos a través de la fe a un nuevo nivel de escucha de la Palabra de Dios, todas nuestras relaciones cambian: hacia nosotros mismos, hacia Dios, hacia otras personas, y hacia el cosmos. Entonces necesitamos gastar considerable tiempo integrando todas nuestras relaciones dentro de una nueva perspectiva.

Conforme leemos la Escritura en una actitud de escucha y le respondemos con apertura, reflexión y amor, nos interiorizamos y asimilamos el mensaje. En adición, la Escritura nos conduce a responderle a las buenas cosas que leemos allí. Así, **la oración se convierte en la espontánea respuesta a la presencia de la Palabra de Dios**. Esta Palabra no está sólo presente como un sonido, sino como una persona. **Cuando hablamos de la Palabra de Dios, nos referimos a ambas, la Palabra escrita de Dios, y la Palabra de Dios encarnada en Jesús**. Ambas palabras están tocando a la puerta de nuestro ser interior donde, debido a nuestra débil fe, Cristo parece aletargado, por decirlo así. Puesto que nosotros nunca o rara vez hemos experimentado Su presencia, asumimos que Él está ausente. A medida que la fe crece, esa ilusión es gradualmente disminuida y doblegada.

La travesía espiritual es a menudo presentada como la purificación de la ilusión, la liberación del buscar las cosas malas, o en demasía las cosas buenas, y la libertad de las compulsiones que emergen de la desorientada búsqueda de la felicidad que está aún presente en nuestro inconsciente y se manifiesta asimismo en desordenadas emociones. Las emociones aflictivas surgen cuando algo que no deseamos sucede, o cuando algo que queremos, no sucede. Nuestra decisión de seguir a Cristo en el nivel consciente, no es suficiente para sanar las heridas del pecado original. Los programas inconscientes de felicidad que traemos con nosotros desde la temprana infancia, y de los cuales no estamos plenamente conscientes hasta que vigorosamente nos dedicamos a la travesía espiritual, continúan alterándonos cuando no consiguen sus objetivos deseados.

De este modo, si el poder y control son nuestros programas predominantes de felicidad, podemos tomar todas las deliberaciones que queramos para no contrariarnos por las circunstancias que están fuera de nuestro control—y aún los sentimientos de ira, congoja o desánimo, emergen cuando algo que planeamos se frustra. Nosotros estamos siempre luchando con lo que queremos hacer o decidimos hacer y con los sentimientos que se oponen a nuestras buenas determinaciones. Esta es el área a la que nos debemos dirigir en la vida diaria. El sentido de la radiante energía que Cristo nos comunica cuando Su palabra finalmente ha resonado en el más profundo nivel dentro de nosotros, comienza a trabajar a su modo en todo nuestro pensar y actuar con objeto de engrandecer nuestra capacidad de respuesta con la clase de amor motivada por Él.

La travesía espiritual, entonces, nos enseña lo siguiente:

- 1. Creer en la Divina Inhabitación dentro de nosotros, plenamente presente y energizando cada nivel de nuestro ser.**

2. **Reconocer que esta energía es benigna, sanadora y transformadora.**
3. **Abrirnos a su gradual revelación, paso a paso, ambos en la oración y la acción.**

Nuestra oración, como personas contemplativas, es el constante ejercicio de fe, esperanza y caridad (Divino Amor), y tiene lugar en el silencio de nuestros corazones mientras escuchamos la Palabra de Dios—no tan sólo con nuestros oídos y mentes, sino con nuestro ser interno. Dios se comunica mejor en el silencio. Esto no significa que no tengamos pensamientos no deseados durante la oración, sino que retornaremos una y otra vez al básico consentimiento de auto-rendición y confianza. Nosotros le decimos “Sí” a esa presencia y de vez en cuando entramos en unión con ella a medida que identificamos la divina presencia de la humanidad de Cristo con la divina presencia dentro de nosotros. Cuando decimos “*Ven Señor Jesús*”, debemos recordar que **Él ya está aquí y que su venida significa que se hace más y más presente** a nuestro consciente. El no se mueve, nosotros nos movemos. Este proceso es el de consentir la presencia de Dios, de rendirse a ella, y de transformarse en ella.

A medida que aprendemos a escuchar la Palabra de Dios dentro de nosotros, desarrollamos mayor sensibilidad a los siete Dones del Espíritu Santo, permitiendo a la divina energía manifestarse apropiadamente durante la oración y en los eventos de la vida cotidiana. **Jesús viene a nosotros en la Eucaristía para estar con nosotros todo el tiempo y sugerir cómo podemos encaminar nuestras vidas humanas de una manera divina.**

CAPÍTULO 3

“LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU”

Los Frutos del Espíritu son indicadores de la presencia de Dios trabajando en nosotros en varios grados y formas. A través de los Frutos, el Espíritu se está haciendo una realidad en nuestras vidas. Manifestando los Frutos en la vida diaria nosotros testimoniamos la Resurrección de Cristo de una manera más profunda. No es tanto predicación o enseñanza, sino nuestro enraizamiento en el Espíritu que comunica la vida de Cristo a la gente a nuestro alrededor—a nuestra familia, amigos, y aquellos con quienes trabajamos. Si estamos enraizados en el Espíritu, estos frutos inevitablemente comienzan a aparecer.

Yo a menudo uso el ejemplo de la escalera circular como un símbolo de la purificación que gradualmente tiene lugar a través de la Oración Contemplativa. Haciendo esto, yo quiero sugerir que cada vez que nos movemos a un nuevo nivel de reconocimiento de nuestra debilidad y dependencia en Dios para todo, experimentamos una clase de resurrección interna. Para decirlo en términos de los ‘doce pasos’ de Alcohólicos Anónimos, mientras más nos damos cuenta de cuán ‘inmanejables’ son nuestras vidas—mientras más desvalidos estemos para practicar las virtudes e imitar a Jesús, más se hace la vida una aventura permitiendo que el Espíritu nos impulse y nos acompañe en la vida cotidiana.

Nuestro tipo de temperamento, nuestro número en el eneagrama, y todas las otras cosas que podemos buscar acerca de nosotros a través de programas de auto-ayuda son útiles. Aún, la principal cosa que necesitamos conocer acerca de nosotros es que somos incapaces para hacer cualquier trabajo espiritual bajo nuestras propias fuerzas. Somos completamente dependientes del Divino Espíritu.

El Espíritu está presente en nuestro ser íntimo todo el tiempo, invitándonos a dejar ir nuestros proyectos auto-centrados, y a permitir al propio Espíritu ser la fuente de nuestras acciones en cada nivel. Con esa clase de confiada dependencia en el Espíritu, cada vez que aceptamos un nuevo sentido de nuestra propia debilidad y carencia de virtud, allá sigue una resurrección interna. Esta es manifestada por la experiencia de los Frutos del Espíritu. Los Frutos son el primer indicador de nuestra transformación en Cristo. A medida que descendemos en la escalera espiral hacia la profundidad de nuestro propio ser y dentro del centro de nuestra nada, los siete Dones del Espíritu, los cuales son aún más Frutos maduros, comienzan a manifestarse a sí mismos.

La Oración Centrante es un método para hacernos más y más sensibles al Espíritu dentro de nosotros.

El Espíritu está presente dentro de nosotros en virtud de nuestro Bautismo, cuando fuimos ungidos con Este mismo. **Desafortunadamente cuando no estamos disponibles al Espíritu, pensamos que Éste está ausente.** El poder del Espíritu es intensificado en el Sacramento de la Confirmación, cuando los siete Dones del Espíritu son explícitamente transmitidos a nosotros. Nuestro inconsciente contiene todo el trauma emocional de una vida (que nosotros hemos reprimido) así como enormes niveles de energía y creatividad. Cada significativo evento de nuestra historia de vida está registrado en nuestros cuerpos y sistema nervioso. El material emocional indigesto de una vida debe ser echado fuera con objeto de permitir el libre flujo de la Gracia y de las energías naturales y espirituales en el inconsciente

para que se manifiesten a sí mismos. Estas energías surgen como las cualidades de la caridad, gozo, paz, bondad, generosidad, devoción, mansedumbre, y auto-control.

Los Frutos del Espíritu son nueve aspectos de la mente de Cristo. Ellos aparecen listados por San Pablo en Gálatas 5: 22,23, y activan y hacen madurar las gracias del Bautismo y la Confirmación. **Ellos son lo opuesto de los amargos frutos del falso-yo – también listados en Gál. 5: 19-21: promiscuidad, desenfreno, discordia, agresividad, celos, riña, división y envidia.** Los Frutos del Espíritu crecen juntos con las Virtudes Teologales de Fe, Esperanza y Caridad. **Las Bienaventuranzas son los ‘frutos maduros’ de esa transformación.**

El primer Fruto del Espíritu es la Caridad, o en griego, *Ágape*, el cual **significa amor auto-donante como opuesto al amor egoísta.** La mayoría de nosotros conoce al amor como desear algo o a alguien. Esa es la clase de amor que los griegos llamaron *Eros*, una poderosa y necesaria clase de amor, aquella que pretende crecer dentro del amor auto-donante que el Evangelio llamó caridad. La Caridad no es limosnera. Es más una participación en el amor incondicional de Dios.

Como resultado nosotros contemplamos a nuestras anteriores actitudes habituales desarrollarse y comenzar a amar a personas a quienes normalmente desdeñamos o no soportamos. La fe en la Presencia de Dios en los demás, nos permite pasar por alto la personalidad o defectos de carácter que nos causaron dificultades. Podemos comenzar a aceptarlos, y quizás algún día, seremos capaces de darles la bienvenida. El crecimiento de la caridad nos conduce a la autoentrega de nosotros mismos a Dios y al misericordioso amor de los demás. La característica del amor de Cristo es la fuente de su vitalidad; la continua ternura y la amorosa percepción de la presencia de Dios, es su recompensa.

El segundo mandamiento de Jesús es amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos, y está enraizado en el reconocimiento y aceptación por fe de que la Divina Presencia habita en cada ser humano. Quizás hay alguien en casa o en el trabajo de quien nos gustaría permanecer tan lejos como sea posible. La primera cosa que nos atrae a aquellos con quienes tenemos dificultades es el hecho de que Dios está presente en ello; depositamos nuestra fe de que Dios está allí. Nuestros esfuerzos en aceptar a la gente están basados en una verdad que no podemos ver inmediatamente ni sentir, pero que la creemos. Aceptar las mociones del Espíritu nos permite esa vida del Espíritu incrementándose en nosotros.

Jesús nos ha dado un nuevo mandamiento que es “*Ámense entre ustedes mismos como Yo los he amado*” (Juan 14, 34). **Esta manera de amar es más demandante.** No es simplemente una moción de fe en el abstracto: **es el aceptarnos cada uno con nuestras propias individualidades, nuestras obstinaciones, en las cosas que ‘nos pegan a la pared’, en lo que nos parece física o emocionalmente repulsivo de las demás personas.** Aceptamos a las personas justamente como son porque Cristo nos ha aceptado como somos—con nuestra extensa lista de limitaciones, faltas, pecados y líos. El amor incondicional de Dios vertido de lleno en nuestros corazones por el Espíritu Santo continúa mostrando amor, no importa qué suceda, aún enfrentando oposición y persecución.

¿De dónde proviene esta caridad? Está siendo infundida dentro de nosotros en el silencioso semillero de la Oración Contemplativa. La entera sociedad contemporánea es contraria a ese movimiento. En la vida diaria nos tropezamos con los proyectos interminables de la gente con falsos-yo similares al nuestro, que están buscando en la cultura o en su medio

ambiente, símbolos de: supervivencia y seguridad, poder y control, afecto y estima. Esta gente manifiesta su sobre-identificación con su grupo étnico, familiar, religioso y nacional. Sus actitudes son confinantes y limitantes, mientras que el movimiento del Espíritu conduce a la libertad.

El segundo Fruto del Espíritu es **Gozo**.- **El gozo es un sentido permanente de bienestar basado en una consciente relación con Dios.** Es el signo de la liberación del ‘falso-yo’ y de la creciente percepción del ‘auténtico-yo’. Emanado del gozo viene la libertad de aceptar el momento presente y su contenido sin tratar de cambiarlo. La felicidad absoluta puede ser descrita como la plenitud del gozo. **Es el perdurable sentimiento de ser amado por Dios y de estar permanentemente admitido a Su presencia.** Es la experiencia del ‘agua viva’ que fluye de la Fuente Divina en nuestro ser íntimo, del cual Jesús habló en el Evangelio de Juan: “*¡Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba! De la esencia profunda, de esa persona: fluirán ríos de agua viva*”. Juan Evangelista añade: “*Con esto quería decir Jesús que quienes creyesen en él recibirían el Espíritu*”. (Juan 7: 37-39).

El tercer Fruto del Espíritu es **Paz**.- **La paz es el penetrante sentido de complacencia que viene de estar enraizado en Dios mientras se está consciente de la propia insignificancia.** Es el estado que sobrelleva los altibajos de la vida, más allá de las emociones de gozo y pesar. Al más profundo nivel, uno sabe que todo está bien, que todo está correcto a pesar de las apariencias de lo contrario. Todo el tiempo uno puede orar con Jesús, “*Padre, en Tus manos encomiendo Mi espíritu*” (Lucas 23, 46).

El cuarto Fruto del Espíritu es **Mansedumbre**.- **La mansedumbre es la libertad de la energía de la hostilidad, el rencor, o arrebatos de ira.** La ira es necesaria para la salud y el crecimiento humano; pero necesita ser transformada en una capacidad creciente de perseverar en la obtención del laborioso bien, especialmente los inmensos bienes de la travesía espiritual y de la imitación de Cristo. El crecimiento de la mansedumbre nos abre al continuo apercebimiento de la presencia de Dios y de la aceptación de cada uno con sus limitaciones. Uno no aprueba las cosas dañinas que otros pueden hacer, pero las acepta como son y está listo para ayudar cuando quiera que sea posible—pero sin tratar de cambiarlas. Uno se encuentra aún complacido con la incapacidad para cambiarse a sí mismo como quisiera, mientras continúa haciendo lo que puede para mejorar; confiando menos en los propios esfuerzos y más en Dios.

El quinto Fruto del Espíritu es **la Fidelidad**.- **La fidelidad es la expresión dinámica de la mansedumbre.** Es la diaria oblación de nosotros mismos y nuestros actos a Dios por compasión a los demás, en especial al servicio de sus necesidades concretas. Se sirve a Dios sin necesidad de hacer hincapié en lo que Dios u otros harán por nosotros, y se insiste en dar sin pensar en retribución alguna. Nuestra necesidad ordinaria de afirmación está viniendo de un nuevo lugar: la creciente convicción de ser amado por Dios que en gran medida reduce el deseo de recibir aprobación humana.

El sexto Fruto del Espíritu es **Comprensión de los demás**.- **La comprensión es una participación en la manera en que Dios hace las cosas, que es a la vez apacible y firme, sosteniendo a toda la creación con su enorme diversidad, aún sin esfuerzo.** Nosotros laboramos al servicio de Dios más que nunca, y aún se tiene la sensación de volver atrás y mirar a Dios hacer que las cosas sucedan de acuerdo a Su voluntad, ya sea en nosotros mismos y en los demás. Nuestros esfuerzos ansiosos para servir a Dios y nuestra desesperada

búsqueda de Dios cesan. Como Dios, estamos trabajando y descansando al mismo tiempo. Trabajamos duro pero sabemos por experiencia, aún por amarga experiencia, que nuestros esfuerzos no nos llevarán a ningún lado a menos que Dios los haga fructificar. Por consiguiente, la vanidad, los celos, y la agresividad—los cuales acompañan aún a nuestros esfuerzos espirituales—son gradualmente evacuados, dejando inmensa libertad precisamente para ser quienes somos y para servir en sus necesidades especiales a aquellos que nos rodean.

El séptimo Fruto es ***Bondad***.- **La bondad es la confirmación de la creación como buena, junto a un sentido de unidad con el universo y con todo lo creado.** Es la disposición que percibe eventos, aún las trágicas cosas de la vida, como manifestaciones del amor de Dios. Reconoce la belleza de toda la creación a pesar del daño que el egoísmo humano ha impuesto sobre ésta. Como resultado, la gratitud a Dios abunda en nuestros corazones y una positiva actitud caracteriza nuestra relación con los demás y con el uso y desgaste de la vida cotidiana.

El octavo Fruto del Espíritu es ***Paciencia***.- **Es la certidumbre en la inquebrantable fidelidad de Dios a Sus promesas.** Nuestra seguridad ya no está más basada en nada que podamos poseer o lograr, sino más bien en nuestra convicción en la infalible protección y prontitud para el perdón de Dios. Así, ya no somos fácilmente perturbados por el ir y venir de los acontecimientos humanos y nuestras reacciones emocionales a estos. Los sentimientos continúan siendo tocados, a veces aún más fuerte que antes, pero estos ya no dominan más nuestra percepción o nuestra actividad. Estamos complacidos de esperar con confianza en la salvación de Dios en cada situación, especialmente durante los períodos prolongados de ‘sequedad’ (aridez) y ‘noches oscuras’. Hemos interiorizado las palabras del Evangelio: “*Pedid y se os dará; buscad y hallaréis. Tocad y la puerta se os abrirá*”. (Mateo 7, 7).

El noveno Fruto del Espíritu es ***Auto-control (domino de sí mismo)***.-El auto-control como Fruto del Espíritu, no es el predominio de nuestra voluntad sobre nuestras emociones. **Es más bien la conciencia de la permanente presencia de Dios y es el resultado de la infusión de Su inalterable amor.** Por consiguiente nuestros anteriores deseos compulsivos de los símbolos de seguridad, afecto y estima, poder y status, cesan. En particular, no hay energía para actividad sexual excepto compromiso y genuino amor. Cuando Moisés le preguntó a Dios quién era Él, la respuesta fue: “*Yo soy el que soy*”; este texto está aún bajo investigación escolar, pero un significado semejante es: *Yo soy para ti*. La convicción interior del amor inquebrantable de Dios, engrandece nuestra libertad de elegir y de actuar. Fuera de esa libertad interior, el auto-control emerge espontáneamente. Nosotros sabemos a pesar de nuestras debilidades que Dios nos dará la fortaleza de superar con éxito cada prueba y tentación. “*Como el Padre me ha amado, así los he amado a ustedes*” (Juan 15, 9)

Los Frutos del Espíritu son el ‘nuevo vino’ del Evangelio que nos llena con la divina energía y una cierta espontaneidad. Las estructuras necesitan ser ajustadas a esta libertad, la cual, como dice Pablo, no es licencia, sino una siempre creciente sensibilidad a las iniciativas del Espíritu. El sello personal de la divina acción es, citando a Thomas Merton, “*Misericordia dentro de misericordia, dentro de misericordia*”. **Los Frutos del Espíritu prueban que Cristo está viviendo en nosotros y transformándonos en testigos de su continua presencia en el mundo. Manifestar esta disposición de Jesús es la evidencia viva de Su Resurrección.**

CAPÍTULO 4

“LOS DONES DEL ESPÍRITU”

Primera Parte

San Pablo dice. *“Si alguno está unido a Cristo, él o ella es una nueva criatura”* (2ª de Cor., 5:17) A medida que desmantelamos al sistema del falso-yo, el nuevo ego emerge con el despertar del verdadero-yo. Esta es la ‘nueva creación’ a la que Pablo se refiere. La ‘vieja creación’ que está falleciendo es el mundo del falso-yo.

Los medios que el Espíritu usa para purificar nuestras vidas conscientes e inconscientes son llamados los siete Dones del Espíritu. Éstos se distinguen de los dones carismáticos de: profecía, sanación, hablar en lenguas, interpretación de lenguas, sermón inspirado, discernimiento de los espíritus, administración, hablar con sabiduría y conocimiento, y hacer milagros, (1 Cor.12:4-11). **Estos dones especiales están concebidos para reanimar a la comunidad cristiana, pero no por sí mismos transforman a la persona que tiene tales dones. Los Siete Dones del Espíritu, por otra parte, son acciones y movimientos del Espíritu que nos purifican y elevan a un modo divino de conocimiento a través del crecimiento de las virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad (Divino Amor), las cuales son las virtudes transformadoras en el esquema cristiano de las cosas.** Isaías 11:2 lista estos dones como, Sabiduría y Entendimiento, Consejo y Fortaleza, Conocimiento y Temor de Dios. Las versiones Septuaginta y Vulgar de la Biblia añaden Piedad.

El Espíritu Santo a través de los Dones es especialmente nuestro guía en la Oración Centrante y en los programas de acompañamiento para brindar sus efectos en la vida diaria. La presencia del Espíritu Santo dentro de nosotros está siempre invitándonos a escuchar las delicadas inspiraciones que gradualmente toman el control de más y más aspectos de nuestras vidas, y a transformarlas de expresiones de nuestro falso-yo, en manifestaciones de nuestro auténtico-yo y de la infinita bondad y ternura del Padre.

Los Siete Dones del Espíritu están íntimamente conectados con el crecimiento de la virtud teológica de Caridad dentro de nosotros, no tan sólo a través de actos de amor a Dios, sino a través de la forma en que nos relacionamos con las otras personas. A medida que la Caridad crece más fuerte, todos los Dones llegan a estar más y más en evidencia. Estos son como los dedos de la mano de un niño, los cuales no son ciertamente capaces de mucho excepto de alcanzar y tocar tu nariz. Dado un pequeño tiempo y desarrollo, sin embargo, esos mismos dedos crecen y pueden ser capaces de increíbles destrezas, tales como interpretar a Rachmaninoff en el piano o crear una gran obra de arte. Se convierten en increíbles instrumentos para la belleza, bondad y verdad.

Así sucede con los Siete Dones; ellos son infundidos en nuestro ser interno en el momento del Bautismo o del deseo de éste. **Podemos asumir que cada genuino buscador de Dios los posee.** En el sacramento de la Confirmación, la actividad de los Dones es enormemente engrandecida. Cada vez que recibimos la Eucaristía, la cual es una reafirmación de todo lo que está contenido en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, también recibimos un crecimiento de los Dones del Espíritu.

Los Siete Dones del Espíritu son disposiciones habituales. Una disposición habitual es una manera de actuar que es permanente, fácil y encantadora. Los hábitos infusos por el Espíritu Santo, nos capacitan para disfrutar de Dios en algún grado y disfrutar siendo como Dios. **Los frutos maduros de los Dones son las Bienaventuranzas, que significan literalmente “Oh, cuán feliz vas a ser”, o como lo diría otra traducción, “¡Felicitaciones!”**

¿Qué es lo que tú estás realmente haciendo cuando te sientas durante la Oración Centrante y te abres a la presencia y la acción de Dios dentro de ti? Te estás abriendo a la presencia de Dios y consintiendo Su acción divina. La acción de Dios es el trabajo del Espíritu Santo en tu particular encarnación en este mundo. Jesús se refiere al regalo del Espíritu por el Padre en el siguiente pasaje: *“Quien entre ustedes, si su hijo le pide una pieza pan, le dará una piedra?”*. Hace dos mil años en Palestina, el pan era designado como piedra llana, como el pan de agave hoy en día. De nuevo Jesús dice, *“Quién, si uno de sus hijos le pide un pescado, le dará una serpiente?”*. Por el mar de Galilea algunos peches parecen serpientes porque tienen la apariencia de anguilas. Jesús concluye, *“Si ustedes con sus limitaciones saben dar cosas buenas a sus hijos, cuánto más el Padre celestial dará al Espíritu Santo a aquellos que se Lo pidan”*. (Luc. 11, 11:13).

Hay dos maneras de pedir. Una es poner nuestra petición en palabras: ‘Dame esto’. Otra es ansiar con nuestro ser entero, para ser un manojo de desesperación, pidiendo lo que más necesito o deseo. La última es la actitud básica que asumimos en la Oración Centrante. Nosotros estamos implorando por el supremo regalo del Espíritu simplemente al consentir la voluntad y la acción de Dios.

Existe otro lugar en el Evangelio que parece referirse a la O. Centrante de manera especial. Es cuando Jesús les dice a sus discípulos en el Sermón de la Montaña: *“Cuando quieran orar, vayan a su habitación interior, y oren a su Padre en lo secreto, y su Padre que ve en lo secreto les recompensará”*, (Mat. 6, 6). En aquellos días, muy poca gente tenía alguna habitación, o digamos, cuarto privado. La gente común vivía en casas de una habitación donde la familia entera tenía que arreglárselas. Entonces, debemos suponer que este pasaje tuvo la intención de ser tomado metafóricamente. Cuando nos piden entrar a nuestra habitación interior, estamos siendo invitados a entrar a nuestro ser íntimo, y allí orar en secreto. ¿Secreto de quién o de qué? podrías preguntar. Secreto de las cosas externas, de nuestros pensamientos y de nosotros mismos. A san Antonio el Grande se le recuerda diciendo que la única perfecta oración tiene lugar cuando no sabemos que estamos rezando. Tal es la más secreta clase de oración. Nos trae a la presencia del Dios Oculto, del Dios que está en lo secreto.

Abba Isaac, uno de los Padres del Desierto, y miembro de un movimiento contemplativo no-clerical del siglo IV, tiene un importante comentario sobre este texto, el cual es aludido en la Novena Conferencia de Casiano. Casiano fue un monje occidental que visitaba los monasterios de Egipto en el siglo cuarto, y después, llevando su sabiduría espiritual al occidente. Mucha de esa sabiduría eventualmente encontrada, llegó a formar parte de la Regla de San Benito y continúa hoy en los monasterios benedictinos y cistercienses, y podría agregar, en todos los que practicamos la O. Centrante. He aquí el comentario de Abba Isaac:

“Necesitamos ser especialmente cuidadosos de seguir el precepto Evangélico el cual nos instruye de ir a nuestra habitación interior y cerrar la puerta para que podamos orar a nuestro Padre. Así es como lo hacemos. Oramos en nuestra habitación privada cuando quiera que retiremos completamente nuestros corazones del tumulto y ruido de nuestros pensamientos y preocupaciones y cuando secreta e íntimamente ofrecemos nuestras oraciones al Señor”.

Al dejar ir todos nuestros pensamientos en la O. Centrante, seguimos este consejo y entramos en nuestra habitación privada. Cerramos la puerta a nuestras actividades mentales ordinarias tales como, sentimientos, imágenes, recuerdos, reflexiones, así como las percepciones de detalles sensitivos del exterior, tales como gente y ruidos en el cuarto o cosas físicas aconteciendo en nuestro interior.

Con respecto de todo el funcionamiento de nuestra ordinaria percepción psicológica, simplemente cerramos la puerta. De hecho, Jesús dice, de acuerdo con algunas traducciones, “pasa el cerrojo a tu puerta”, enfatizando cuán completamente debemos salirnos de nuestro nivel ordinario de percepción psicológica, con objeto de abrirnos nosotros mismos al nivel espiritual de nuestro ser y a la Divina Inhabitación presente en lo secreto en la raíz de nuestro ser.

Abba Isaac explica luego, “Oramos con la puerta acerrojada cuando, sin abrir nuestras bocas y en perfecto silencio, ofrecemos nuestras peticiones a Aquel que no pone atención a las palabras pero se fija fuertemente en nuestros corazones”. En otras palabras, **Dios mira fijamente a nuestra intención, mucho más que a nuestra atención.** En la O. Centrante, nuestra disposición básica es “Lléname con tu Espíritu Santo, el supremo Don, conforme a Tu promesa. Yo no sé cómo pedir correctamente, por eso me siento aquí esperando, pidiendo que Tú ores en mí, pidiendo lo que Tú quieras concederme, tu Espíritu Santo”.

Finalmente Abba Isaac concluye:

“Oramos en lo secreto cuando en nuestros corazones solamente (no en nuestra imaginación, memoria, razonamiento y sensaciones) y en nuestros recordados espíritus (con nuestra intencionalidad dirigida a la presencia de Dios) nos dirigimos a Dios y revelamos nuestros deseos sólo a Él y de esta manera los poderes hostiles en sí mismos no tienen asomo de su naturaleza”.

Nuestra apertura al Espíritu puede ser comparada a las crías de pájaros abriendo sus picos por el gusano que uno de sus padres les está trayendo. Prácticamente la mitad de esas crías es el amplio pico abierto. Los primeros Padres y Madres monásticos creían que si uno se entretenía con un pensamiento o imagen, los demonios podrían decir qué es lo que estaba pensando y podrían insinuar la adecuada clase de tentación para distanciar a uno de la original pureza de su intención. Podríamos asimismo mirarlo a la luz de lo que llamamos ‘la descarga del inconsciente’.

Los pensamientos que emergen de nuestro inconsciente como resultado del profundo descanso de la O. Contemplativa podrían fácilmente ser interpretados como tentaciones debido a su intenso y perturbador carácter. Cuando éstos provienen de recuerdos reprimidos, las emociones emergen justamente como las experimentamos en nuestra temprana infancia, así, algunas veces sentimos como si estuviéramos siendo tentados. De hecho, solamente estamos siendo invitados por el Espíritu a aceptar el hecho de estas primitivas emociones y a dejarlas ir. Al venir al inconsciente, la energía negativa de los sentimientos es liberada. De

aquí que estamos más abiertos ahora al libre flujo de la Gracia y las energías positivas del inconsciente. Hasta que el depósito del cuerpo es vaciado de material represivo y de las no-digeridas chatarras emocionales de la temprana infancia, nuestra capacidad de responder al Espíritu es limitada. Cuando esa evacuación ocurre a través del proceso de la O. Contemplativa, nuestros cuerpos por sí mismos se tornan más cooperativos y apoyan la acción de los Siete Dones del Espíritu Santo dentro de nosotros.

-oo-

CAPÍTULO 5

“LOS DONES DEL ESPÍRITU”

2ª Parte

Refirámonos a la experiencia de la Oración Centrante con los dones contemplativos del Espíritu Santo, los cuales son tres: Conocimiento, Entendimiento y Sabiduría. Aquellos que realizan esta práctica regularmente notarán que a veces tienen al menos dos pistas moviéndose simultáneamente en sus mentes. Existe el flujo ordinario de los pensamientos pasando sobre la superficie de la conciencia, algo reducidos por el ordinario ajeteo y bullicio de la vida cotidiana, pero aún con todo, confrontándonos cuando tratamos de estar en silencio. El silencio interior es siempre relativo, especialmente al comienzo. Puesto que estamos conscientes de varios pensamientos y percepciones en marcha, introducimos un símbolo sagrado (v.gr. una palabra sagrada) como una expresión de nuestro consentimiento a la presencia y la acción de Dios en nuestro interior. Los pensamientos emocionalmente cargados son atractivos o repulsivos y provocan deseos o aversiones en el inconsciente así como en nuestras maneras habituales de reaccionar en la realidad.

Las tres necesidades instintivas básicas de la naturaleza humana son: Supervivencia y seguridad, Poder y Control, Afecto y –Estima. Los pensamientos o percepciones que atraen la atención de alguna de esas necesidades instintivas podrían alejarnos fuera de nuestro original consentimiento a la presencia y la acción de Dios dentro de nosotros. Es como si abriéramos la puerta de nuestra habitación interior y comenzáramos a salir. Cuando una o más de estas necesidades instintivas ha sido contenida en la temprana infancia, tendemos a reprimirlas en el inconsciente o a desarrollar formas compensatorias de supervivencia o de reducción del dolor de frustración. Si estamos interesados en gran manera en símbolos de seguridad y adelante viene el pensamiento o la imagen de un bonito auto nuevo, casa o póliza de seguros, podríamos sentir un espontáneo interés de reflejarlo en este material. Si nosotros consentimos en la atracción, estamos alejándonos de nuestra intención original de consentir en la presencia de Dios. Dado que el tiempo de la oración aún no ha terminado, debemos comenzar el proceso de nuevo cerrando y quizás acerrojando la puerta esta vez. Entonces, delicadamente reintroducimos el símbolo sagrado que manifiesta nuestra intención de estar en la presencia de Dios y totalmente abiertos a Su Voluntad.

Una amigable actitud hacia los pensamientos no-deseados es provechosa para tolerar la constante petición latente en nuestra imaginación o memoria. Hemos gastado toda una vida con desafiantes hábitos de pensamiento y auto-reflexión, por lo que nos tomará algunos pocos meses, por decir lo menos, amoldarse a esta nueva manera de relacionarse con Dios, no a través de nuestras facultades racionales, sino como sugiere Abba Isaac, ofreciendo a Dios nuestros corazones, el símbolo en el Antiguo Testamento de nuestro ser íntimo.

Para repetirlo, son nuestros corazones los que estamos ofreciendo a Dios en la O. Centrante, corazones que están implorando al Espíritu Santo y, al mismo tiempo, tolerando las debilidades de la naturaleza humana y nuestro propio melodrama personal, por el amor de Dios. A medida que retornamos a nuestro símbolo sagrado una y otra vez, gradualmente caemos en cuenta de que estamos cultivando el nivel espiritual de nuestra conciencia. En este sentido, **cada vez que nos movemos desde un pensamiento dentro del lugar del silencio interior, estamos renovando nuestro amor por Dios.** No juzgamos nuestra oración por

cuántos pensamientos tenemos, aún si estamos siendo bombardeados por muchos. Más bien, juzgamos por cuán pronto retornamos suavemente cada a vez a nuestro símbolo sagrado. De este modo, podemos haber hecho cientos de actos de amor a Dios en el curso de un solo período de O. Centrante. **Los Dones del Espíritu Santo crecen en proporción directa a la profundidad y sinceridad de nuestro amor.**

No podemos equivocarnos con esta práctica, excepto por las siguientes dos maneras: **Una es cuando deliberadamente nos involucramos en algún pensamiento interesante, percepción o sentimiento; la otra, es cuando decidimos levantarnos y marcharnos.** Esta última parece ser mayormente la respuesta favorita de la gente que nunca se siente enraizada en esta práctica. Cuando estamos verdaderamente comprometidos con esta práctica, no podemos no hacerla. Esta es precisamente una de las señales del Don de Conocimiento trabajando en nosotros. Ya no tenemos que buscar más tiempo para hacer la oración; **la oración ‘nos encuentra’ a nosotros**, por decir. Haciendo la O. Centrante dos veces al día se convierte en nuestro segundo medio ambiente. Este es el trabajo directo del Espíritu.

Un todavía más cierto signo del trabajo del Don de Conocimiento emerge cuando, en la oración, junto con el ir y venir de los pensamientos y nuestra ocasional o aún frecuente búsqueda de éstos, un tercer nivel aflora. Este rastro se distingue a sí mismo de los primeros dos por nuestra conciencia de no querer ningún pensamiento, o más exacto, de simplemente estar conscientes de que no los deseamos. En otras palabras, en el nivel superficial de conciencia, parece haber un distanciamiento interior encajado, de seguir a los pensamientos y percepciones ir y venir.

Cuando este apercebimiento tiene lugar, ya no necesitamos más el símbolo sagrado para reafirmar nuestra intención porque secretamente, como Abba Isaac diría, estamos establecidos en nuestra petición al Espíritu Santo; sencillamente queremos a Dios y a nadie más. Estamos delicadamente conscientes de una falta de atracción (desinterés) por cualquier clase de pensamiento o percepción que venga. Nótese que digo ‘desinterés’--no una resistencia a cierta clase de pensamientos (lo cual podría ser una elección), sino la libertad de ignorar o hacer caso omiso de todos los pensamientos. De nuevo es un Fruto del Espíritu de Conocimiento que está robusteciendo nuestra debilidad.

El valor de estar con Dios durante este tiempo particular de oración se percibe como algo tan precioso que no existe inclinación alguna por conseguir ninguna otra cosa; o si es el caso, la deja uno rápidamente caer. El Espíritu, mediante el Don de Conocimiento, está suavemente atrayendo nuestro deseo espiritual sin siquiera notarlo. Nosotros estamos realizando actos interiores muy sutiles pero verdaderos que vienen desde el nivel muy espiritual de nuestro ser.

Resumiendo, cuando experimentamos pensamientos ordinarios, delicadamente retornamos a nuestro símbolo sagrado. Pero estamos asimismo conscientes a veces de que Dios ha captado nuestra voluntad de tal modo que no queremos hacer nada sino ‘estar en Su Presencia’. Lo último es manifestado por un reposo al dejar ir pensamientos o percepciones a medida que surgen.

Existe un cuarto nivel en la O. Centrante que tú puedes haber experimentado. Esto ocurre cuando dejas ir todos tus conscientes esfuerzos por mantenerte en la presencia de Dios y existe o no una pequeña auto-reflexión. En otros niveles pudiste tener pensamientos ocasionales tales como ‘La oración está yendo bien’ o ‘Estoy muy en paz’. En el don de la

divina unión, el Espíritu, mediante el Don de Sabiduría, captura nuestra imaginación y nuestro aparato reflexivo y los suspende temporalmente, para que podamos estar llenos de la divina presencia sin ningún estorbo de nuestra frágil naturaleza y el falso-yo. Esto es como un beso. Uno está totalmente absorto en las delicias de la presencia de Dios. A veces no hay conciencia de uno mismo para nada. **El sabio practicante de la O. Contemplativa no tratará de prolongar esta experiencia, sino simplemente acogerla con gratitud.** En esta oración, **no hay lugar para el orgullo, porque uno ve intuitivamente que sólo Dios importa.** Nada hay para estar orgullosos. El Espíritu nos inicia en la realidad de quién es Dios—inmenso, humilde, tierno, cercano.

El Don de Sabiduría nos es comunicado en la O. Contemplativa y nos lleva a la perfección. Es también la fuente del ‘ministerio edificante’. Nosotros podemos hacer lo mejor que podamos—ayudar a otras personas de diferentes maneras—pero **el Don de Sabiduría nos capacita para ayudar a los demás de la manera en que Dios lo hace, o a ser un instrumento a través del cual Dios directamente le habla al corazón a la gente,** siempre con una perspectiva de iniciarlos a la O. Contemplativa que los abre más y más a la presencia y acción de Dios dentro de ellos.

Los Dones contemplativos del Espíritu están activos en nuestro interior desde el momento en que comenzamos a hacer seriamente una práctica regular de la O. Centrante. Así, el Espíritu comienza a comunicar los Dones de Conocimiento, Entendimiento y Sabiduría. **Los Dones están interrelacionados como vemos, como los dedos de la mano. Cada dedo tiene una especial forma y capacidad; cada uno es importante y útil, pero trabajan todos juntos.** Si uno crece, todos ellos crecen. Los Dones contemplativos del Espíritu son la manera en que Dios toma nuestra esencia entera de tal forma que todo nuestro ser le pertenezca a Dios: cuerpo, alma y espíritu.

Los Dones activos del Espíritu—Temor de Dios, Fortaleza, Piedad y Consejo—son de igual importancia y necesarios. Están diseñados para capacitarnos para ser contemplativos en la acción, para llevar la experiencia contemplativa que hemos tenido en profunda oración, a todas nuestras actividades y en verdad a un detalle más grande

Echemos una mirada a los efectos de la O. Centrante. Obviamente los efectos van a ser diferentes dependiendo de los rastros que hemos experimentado y cuán a menudo. Para que la gente comience con esta jornada, necesitamos animarlos al comienzo para retornar a sus símbolos sagrados casi constantemente; pero siempre en forma suave, siempre abiertos al hecho de que podrían tener unos pocos momentos en los cuales ellos fueran atraídos al silencio interior. Puesto que nuestra imaginación está tan habituada a no parar de pensar, le toma algún tiempo al organismo humano reajustarse a una clase de pensamiento que es simplemente darse cuenta de que se está pensando, pero sin reparar acerca del contenido de los propios pensamientos.

Poco a poco la influencia del Don de Entendimiento se manifiesta al introducirnos dentro de la Noche del Espíritu. **Los consuelos espirituales cesan y nos sentimos precipitados a un abismo de oscuridad espiritual, lindando en sentimientos de alienación de Dios.** La Divina Luz revela nuestra abismal debilidad e impotencia en el hecho del aparente repliegue de Dios. Grandes dudas relacionadas con la fe y la verdad pueden surgir. El deseo de retornar a los momentos de unión, los cuales disfrutamos en la etapa anterior, causa un agudo sentido de pérdida y aflicción. San Juan de la Cruz enseña que las

penas de la Noche son el resultado de la infusión del divino amor, El cual confronta y disuelve todo aquello en nosotros que se opone al amor de Dios. Las Virtudes Teológicas de: Fe, Esperanza y Caridad, son liberadas de los apoyos humanos en los cuales ellas han sobre-dependido.

Existe una quinta etapa de la O. Centrante más allá del nivel de las ocasionales experiencias de unión y de angustia de la Noche del Espíritu. En esta quinta etapa uno está totalmente inmerso en la presencia o ausencia de Dios. Este nivel es el trabajo del Don de Entendimiento y de purificación del inconsciente. No es relacional en el sentido de conversación o aún en el sentido de comunión, pero es una presencia en todo lo que hacemos, aún en nuestros pensamientos y percepciones durante la oración. Es simplemente la conciencia de la experiencia de Dios pero no reflexionada. Esta percepción consciente es tan sutil y tan presente que nos acompaña en la vida cotidiana. Hasta que esto suceda necesitamos hacer esfuerzos diarios par a acordarnos constantemente de la presencia de Dios.

Santa Teresa de Lisieux pensaba que recibir un ‘pin’ de amor puede convertir a un alma. ¿Por qué no recibir dos pines? O, ¿por qué no tener la misma amorosa intención cuando te cepillas los dientes, das un paseo, tomas una taza de té? Podemos hacerlo todo en nuestra vida diaria con la misma intensidad.

La convicción de ser gratamente amado por Dios crece a través de los Siete Dones. Es inútil quejarte porque tienes demasiadas ocupaciones, demasiados hijos, o personas mayores por quiénes ocuparte. Justamente donde estás, el Don de Piedad del Espíritu está sugiriendo cómo transformar la situación en un momento de unión con Dios. Yo no creo que puedas hacerlo sin una práctica diaria de O. Contemplativa a efecto de sumergirte en la realidad de la misericordia de la Presencia de Dios en tu interior, lo que llamamos la Divina Inhabitación. La Divina Inhabitación ha sido siempre una de las grandes verdades de la fe, pero necesita ser enfatizada una y otra vez en el transcurso del día. Es la radical fuente de la vida espiritual. **La presencia personal de Dios es ‘Don Puro’.** Esta Presencia nos es transmitida en el Bautismo, reforzada en la Confirmación, y enormemente enriquecida con cada recepción de la Sagrada Comunión.

Si bien nosotros enfatizamos lo que Dios está haciendo por nosotros, como en el caso de la O. Centrante, iniciamos la travesía espiritual de un lugar diferente al que ha sido tradicional en el pasado. Comenzamos la travesía no con nosotros mismos y lo que estamos haciendo por Dios, sino con Dios y lo que Él está haciendo por nosotros. Consentimos en la Presencia de Dios dejando que Él decida lo que quiere que nosotros hagamos. Dios parece querer encontrar lo que es como vivir la vida humana en nosotros, y cada uno de nosotros es la única persona que alguna vez puede darle ese gozo. **Así, nuestra dignidad es incomparable .Estamos invitados a darle a Dios la oportunidad de experimentar a Dios en nuestra humanidad,** en nuestras dificultades, nuestras debilidades, en nuestras adicciones, en nuestros pecados. **Jesús escoge ser parte de la experiencia de vida de cada uno,** cualquiera que sea, y a elevar a cada quien a la divina unión.

CAPÍTULO 6

“EL DON DE REVERENCIA”

Entre los cuatro Dones activos del Espíritu, refirámonos primero al Don de Reverencia. Una primera inspiración de este Don es el caer en cuenta de que nuestras vidas son ingobernables y de que nunca progresaremos en la travesía espiritual sin la Gracia de Dios. Estamos plenamente conscientes de nuestra debilidad, así también del incondicional amor de Dios por nosotros, tal como somos. Dios no es evaluativo o crítico. Somos nosotros quienes nos juzgamos a nosotros mismos a medida que avanzamos en la travesía espiritual. El trabajo en la O. Contemplativa nos convence de que somos quienes somos, y que no somos alguna imagen idealizada de nosotros mismos que es el resultado de los programas emocionales de felicidad o de varios prejuicios de la cultura a la cual acostumbramos pertenecer.

El Don de Reverencia es también llamado el Temor de Dios. El término ‘temor’, no significa la emoción del pavor, sino más bien temor en el sentido de maravilla, profundo respeto, y reverencia. Este es el temor de ofender a Dios; es inducido por el amor y no por el miedo o castigo.

Para la contemporánea sociedad occidental, una buena descripción de este Don podría ser el miedo de ir contra la propia conciencia y un genuino respeto por nosotros mismos y por nuestra propia integridad. Esa actitud es ejemplificada en la descripción de las tentaciones de Jesús en el desierto, donde Él fue confrontado con tres serias tentaciones. Jesús respondió sin temor o pánico, estando precisamente donde Él estuvo. En cada ocasión, Su respuesta mandó al demonio ‘a volar’. **Ser fiel a la propia conciencia es característico del Don de Reverencia o Temor de Dios.**

Cuando seguimos a nuestra propia conciencia, manifestamos nuestra integridad. Cuantas veces conocemos un ejemplo de integridad en los demás, normalmente quedamos profundamente impresionados. Es siempre bello, imponente e inspirador. Jesús manifestó esta singular integridad en sus respuestas a las tentaciones del demonio en el desierto.

Puede ser provechoso basarnos en un ejemplo contemporáneo, aunque no es de la vida real. La película “Perfume de Mujer” del director Martin Brest y estelarizada por Al Pacino y Chris O’Donnell, trata de un veterano soldado, ciego debido a un accidente. El es obviamente muy irascible y cerca de la desesperación. Decide correr una última parranda y luego, matarse. Su hermana y su cuñado, con quienes vive, desean tomarse unas vacaciones y contratan a un joven que concluye su secundaria en un internado particular para hacerse cargo de su hermano. El joven ve los trescientos dólares que le ofrecen por cuidar del viejo guerrero como una oportunidad para ganar el dinero que necesita y poder así viajar a casa en Navidad. Tan pronto como la familia se va, al viejo soldado se le ocurre un elaborado plan para viajar a Nueva York. Encontramos poco después que él ha comprado un ticket-de-ida. Puesto que es ciego, el soldado necesita de este joven para guiarlo en las diversas aventuras que ha planeado antes de dispararse. Entretanto, el joven está en serios problemas debido a que se ha rehusado a identificar a uno de los estudiantes que hizo una broma pesada, misma que incomodó profundamente al presidente del selecto internado escolar. Este último, le dijo

al joven que si no revelaba el nombre del culpable del hecho, no lo recomendaría para ingresar a una prestigiosa universidad, saboteando así sus esperanzas para el futuro.

Cuando el gruñón militar y el joven arriban a Nueva York, se hace obvio que al veterano todo le importaba un bledo. En su cuarto de hotel, el soldado saca una pistola y anuncia que se va a disparar. El joven se siente obligado a hacer lo que dijo que haría; esto es, cuidar del soldado ciego durante el fin de semana. Él exige la pistola, pero el militar no se la dará. Éste, lo envía a comprarle un puro, planeando dispararse en ausencia del muchacho, pero el joven sospecha que hay algo turbio y regresa inesperadamente, para gran indignación del viejo pillito. El soldado entra furiosamente gritando que no tiene razón de vivir, y, puesto que el estudiante ha comprometido su propio futuro en la escuela, ellos podrían asimismo, morir juntos. Él hace una última oferta: ‘¡solamente vete, y yo me mataré!’.

Pero el joven no se irá. No abandonará su responsabilidad. El veterano está preparado para presionar al estudiante hasta los verdaderos límites del terror. Puesto que él se odia mucho a sí mismo, no cree que alguien pudiera amarlo, y reta al joven a sugerirle alguna razón para seguir viviendo, diciendo: ‘yo estoy podrido completamente, y te mentí cuando te dije que saqué todas las balas, y si no me dejas, te dispararé a ti también’.

Puesto que el joven rehusó a darse por vencido por él, el veterano se encontró en un callejón sin salida. Comenzó a percibir que existía una razón para vivir. Esto lo dejó tan contrariado que decidió dispararle a ambos; tomó al joven por la garganta y le apuntó a la cabeza. ‘O me dejas o voy a dispararte’, gritó. Nos enfocamos en la cara del joven mientras grita: ‘¡Dame la pistola! ¡Dame la pistola!’ Él está dispuesto a ser muerto por el veterano sujeto, quien ahora retrocede. Ellos finalmente conducen de regreso a casa. El estudiante está aún en problemas con el presidente de la junta directiva escolar. **Toda vez que ha dado al veterano su primera experiencia de amor verdadero, el hombre comienza a cambiar** Primero lo vemos defendiendo al muchacho en la escuela. Entonces, los niños de la familia que siempre le habían desagradado, se reúnen alrededor de él cuando llega a casa, y le dan la bienvenida en vez de alejarse corriendo.

En esta historia, la integridad requiere firmeza. El joven no pidió recompensa ni las gracias. Una vez que la bondad básica del militar ha sido despertada de nuevo por la integridad de su joven acompañante en sus aventuras de mala suerte, éste defendió exitosamente a su recién descubierto amigo de los cargos que habrían arruinado su carrera.

El Don de Reverencia nos mantiene auténticos (fieles) a nosotros mismos y a Dios. Dice la verdad en el amor y no se retractará por motivos de auto-defensa o seguridad. **Reverencia no es tan sólo el temor de ofender a Dios impulsado por el amor, sino su lealtad a la propia integridad personal:** hacer lo que uno cree que está correcto, no importa que sea la hoguera. Esta es la fidelidad a la conciencia que permitió a Santa Juana de Arco, a riesgo de su vida, combatir a sus injustos jueces durante su juicio eclesiástico. Ella fue quemada en la hoguera como hereje. Veinte años después de su muerte, fue exonerada.

A medida que el Don de Reverencia se hace más fuerte, nuestra confianza en Dios se expande. La Humildad es un profundo sentido de nuestra debilidad y poquedad, pero al mismo tiempo es una aún más grande confianza en la infinita misericordia y compasión de Dios. **El Don de Reverencia reúne juntos a estos conceptos aparentemente opuestos.**

CAPÍTULO 7

“EL DON DE FORTALZA”

El Don de Fortaleza nos capacita para ir en pos del difícil bien en la travesía espiritual. Este Don, sin embargo, nos impulsa a ir más allá. **Nos da energía para superar grandes obstáculos con miras al crecimiento espiritual;** es un enorme reforzamiento de las virtudes naturales e infusas de fortaleza. El Don de Fortaleza se expresa de dos maneras: una es sosteniendo a las personas que están en grandes ministerios que captan la atención del público; la otra es manteniéndonos fieles a los pequeños deberes de la vida cotidiana en los cuales, por el amor de Dios, perseveramos día con día en nuestra particular vocación—ya sea como constructor de casas, abuela, profesional, ministro de alguna clase o recogedor de basura. Existe una manera divina de hacerlo todo. **El Espíritu nos muestra cómo santificar nuestro rol en la vida para que permanezcamos en la divina presencia.** Esta es la razón del porqué los métodos para permanecer en la presencia de Dios son tan valorados y necesariamente si estamos seriamente empeñados en la travesía espiritual como un todo integrado.

El deseo instintivo de poder y control es ‘enterrado’ por el Don de Fortaleza, el cual no puede resistir que estemos enfadados con los demás. Esta no es la cobarde actitud de dependencia pasiva, sino más bien de **falta de deseo de canalizar nuestra energía en hostilidad o ira.** El Don de Fortaleza persevera en la búsqueda del difícil bien, aún y cuando existe gran peligro u oposición. Los Siete Dones nos liberan de la sobre-identificación con nuestros programas emocionales para la felicidad. Cuando Dios está presente en nosotros todo el tiempo, no hay espacio para el temor, puesto que Dios es la verdadera seguridad.

Un eminente ejemplo del ejercicio de este Don de Fortaleza es el martirio de siete monjes trapenses del monasterio de Nuestra Señora de Atlas en Tibhirne, Argelia, en 1966. El monasterio había estado en Argelia por sesenta años, sirviendo como testigo cristiano en un país musulmán. Después de que el gobierno argelino canceló una elección en 1991 que muy probablemente iba a perder, hubo gran inquietud en la anterior colonia francesa. Algunos grupos islámicos que posiblemente ganarían la elección, se levantaron en armas contra el gobierno, y éste, dio los pasos para erradicarlo. Para 1995, el número de muertos había alcanzado los 50,000—un número que incluía al menos un centenar de extranjeros nacionalizados así como varios sacerdotes y religiosos. Los monjes de Nuestra Sra. de Atlas que no formaban parte del conflicto, decidieron quedarse, aún y cuando la situación se tornó muy grave. Su abad Dom Christian de Cherge, declaró:

Porque esto es lo que yo podré hacer, si Dios lo permite: sumergir mi mirada fija en el Padre, para contemplar con Él a sus hijos del Islam, como él los ve, todos refulgiendo con la gloria de Cristo, fruto de Su Pasión, llena con el Don del Espíritu, cuyo júbilo secreto siempre será establecer la comunión y transformar las similitudes tomando las diferencias.

En la noche del 26-27 de marzo de 1966, varios hombres vivieron al monasterio y secuestraron a siete de los monjes. Tomándolos como rehenes, los secuestradores demandaron la liberación de rebeldes secuestrados por el gobierno. Esto no se cumplió y, el 23 de mayo, el Cardenal Lustiger de París consumió siete velas que había encendido siete

semanas anteriores como oración por la liberación de los rehenes. Una semana más tarde, los restos mutilados de los siete fueron encontrados a un lado del camino.

La terrorífica respuesta al secuestro y muerte de los monjes fue difundida, con condenaciones de musulmanes y cristianos alrededor del mundo. Pero lo que los mártires argelinos dieron lugar es bien extraordinario. En muchas partes del mundo, especialmente en Europa, sus testimonios se hicieron sobresalientes. Hubo, y aún permanece, una respuesta a las enormes cuestiones que surgieron en torno a la tragedia de Rwanda, donde un 80% de sus ciudadanos fueron masacrados, y en donde las personas que cometieron esos crímenes eran cristianos—en verdad, mayormente católicos romanos.

Lo que los mártires argelinos han hecho es sugerir por sus vidas y martirio, una nueva manera de ser un misionero. Ellos también han introducido una nueva manera de ser monjes y monjas en un claustro. Sus vidas tienen una significancia que sobradamente trasciende su particular tiempo y lugar. Ellos son ejemplares de una nueva visión de esfuerzo misionero que involucra no tanto convertir gente al cristianismo como fomentar la comunión con la gente con quienes vivimos, y manifestando respeto, entendimiento, y reconocimiento de su religión. Tales disposiciones son la única manera de finalizar las guerras y antipatías que han existido entre las diferentes religiones y sagradas tradiciones desde el comienzo de la historia.

Estamos ingresando a una nueva cultura global, una sociedad pluralista mundial donde los grandiosos planes para nuestra particular persuasión están, ya sea fuera de tiempo o inapropiados. Ante esta situación, los mártires argelinos hablan con gran fuerza. Ellos no querían convertirse en mártires; simplemente querían mantener un diálogo con sus depauperados vecinos musulmanes, de quienes ellos sabían, eran amados por Cristo hasta el punto de dar sus vidas por la salvación de la de aquellos. Ellos querían manifestar con sus propias vidas el infinito amor de Cristo por sus vecinos musulmanes. Haciendo esto, ellos se comprometieron a estudiar el Corán sin ningún esfuerzo de conversión. Los hermanos mantenían una clínica—tenían a un médico en su comunidad—proveyendo conocimiento agrícola, y dando generosa hospitalidad a cada uno que acudía a su albergue.

Por tres años anteriores a su martirio, ellos sabían que estaban arriesgando sus vidas al continuar sirviendo a sus vecinos musulmanes y viviendo como uno de ellos. El Corán afirma que los hombres santos viviendo en soledad no deben ser maltratados, pero esta protección no está extendida a aquellos que participan de la vidas ordinarias de la gente entre quienes ellos viven. Los monjes consideraron muy bien en sus propias conciencias y en el curso de muchas discusiones comunitarias, lo que significaba permanecer allá. Amigos y otros misioneros asociados ya habían sido asesinados por extremistas musulmanes. Los monjes sabían a qué se estaban enfrentando, pero ellos estaban dedicados a continuar el diálogo de presencia con sus vecinos, aún en presencia de inminente persecución. Aún sin proponérselo, **ellos encabezaron una nueva clase de diálogo que podría ser llamado ‘diálogo hasta la muerte’.** Esta frase refleja, así me parece, el profundo carácter dialogal del Evangelio.

Los mártires argelinos se rehusaron a condenar o a juzgar a nadie: los asesinos y a quienes fueron asesinados, los opresores y aquellos que fueron oprimidos. Para ellos la familia humana consiste en hermanos y hermanas—no enemigos, ni aún amigos. Su entendimiento profundo era que el mundo está avanzando hacia la unificación global, de tal

manera que la enseñanza de Jesús: “*Que todos sean uno*”—está finalmente recibiendo pleno enfoque. Acorde con Pablo, Dios desea que todo se salve. Así, **Dios debe relacionarse como padre y madre con cada persona humana.**

Las propensiones y mentalidad que cada monje se trajo de Europa fueron gradualmente dialogadas entre ellos en las frecuentes discusiones comunales y confrontadas junto con la creciente posibilidad de muerte. Pero ellos no estaban pensando precisamente en la posibilidad de morir, aún menos en la gloria del martirio. Ellos no quisieron ser la causa de castigo para aquellos que pudieran matarlos. Los monjes en Argelia estaban preocupados con los planes para mejorar la calidad de sus cotidianas vidas y sus testigos monásticos de pequeñas maneras: hospitalidad generosa, perdón expedito, mutuo entendimiento, y servicio a sus vecinos musulmanes. Ellos habían escuchado la palabra de Dios en su particular medio social monástico, y estaban preparados para vivir cada momento como monjes ordinarios, sin importar qué pueda suceder. Si ellos no hubieran sido martirizados, que bueno; si lo fueren, perdonaron a sus asesinos por adelantado. Ellos aún estaban preparados para confiar en aquellos con buena intención. Los monjes creían que sus votos de estabilidad los confinaban al lugar, no tanto como un deber, cuanto una invitación al amor incondicional. A su manera, los monjes **estaban experimentando el pináculo de las cuatro libertades al cual nos llama el Evangelio.**

La primera es la libertad sobre el pecado deliberado. **La segunda** es la libertad sobre las raíces del pecado, que son llamadas en la teología espiritual, los pecados capitales. **La tercera** es la que proviene de la amistad con Cristo, y aún más, de la unión conyugal mística y consciente con Cristo—la experiencia de ser amado por Dios y de amar a Dios recíprocamente. Y, **finalmente hay una simple libertad: la libertad de estar con Dios en el momento presente, ya sea que involucre ofrecer algún insignificante servicio, realizar las tareas del momento presente, u ofrecer la propia vida por amor a Cristo.** Como lo vieron los monjes, la elección era toda parte de la misma motivación, *escuchar la palabra de Dios*—siempre a más profundos niveles —y *guardarla*.

De esta manera, poco a poco, el Don de Fortaleza, conjuntamente con los otros Dones, **transforma la energía de la ira diseñada por la naturaleza para propósitos defensivos, en entusiasmo por el servicio a Dios y a las necesidades de los demás.** Sostiene los arduos ministerios y acoge a las vicisitudes de la vida diaria en vez de combatirlas y resistirlas o dar lugar a sentimientos de frustración. Establece una cierta firmeza de mente y corazón al hacer el bien y resistirse al mal, especialmente cuando estos son difíciles. Manifiesta su inspiración en la Bienaventuranza: “*Benditos aquellos que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán satisfechos*”. (Mateo 5:6)

-00-

CAPÍTULO 8

“EL DON DE PIEDAD”

El Don de Piedad sazona el sentido de reverencia por Dios y sobre-exigencia con nosotros mismos. Inspira un gran espíritu de bondad y entendimiento hacia los otros, la mansedumbre en soportar sus defectos, la voluntad de perdonar y el genuino afecto por ellos.

El Don de Piedad despierta en nosotros una actitud como de niños hacia Dios y también el sentido de que cada uno es nuestro hermano y hermana. Ve a las personas como compañeros de jornada más que competidores, aún y cuando aquellos tengan diferentes convicciones religiosas o aún carezcan de religión. El Don de piedad no ‘etiqueta’ o asigna a la gente en ‘cajones’. Al mismo tiempo, éste fomenta el respeto por la tradición y la creatividad al tratar de adaptarse a la cultura contemporánea y a las circunstancias de la vida ordinaria.

Mientras que los monjes trapenses argelinos mártires ejemplificaron el Don de Fortaleza, como hemos visto en otra reflexión, el Don de Piedad igualmente se manifestó en los mismos. Echemos otra mirada al trabajo de la Gracia en estos hombres bajo esta última perspectiva.

Los monjes estaban viviendo en un monasterio Trapense rodeado por campesinos musulmanes desamparados. Estos, podían haber vivido dentro del claustro con seguridad, pero se sintieron llamados a extenderse en diálogo y caridad hacia sus empobrecidos hermanos y hermanas, y ayudarlos tanto fuera posible. Dos años anteriores a sus muertes, habían sido invadidos por las guerrillas quienes les ordenaron salir de allí, pero ellos siempre se rehusaron a ello. A través de discusión comunitaria y sensibilidad a sus conciencias y sentido de vocación como monjes, ellos decidieron quedarse—sabiendo que probablemente resultarían muertos.

Aquí es donde el Don de Piedad se manifestó en ellos. Los monjes a sus vecinos musulmanes como hermanos o hermanas, y no como enemigos o amigos. Ellos no los vieron como personas a convertirse al cristianismo. Más bien, ellos se vieron a sí mismos creando comunidad entre cada uno que vivía en ese espacio y manifestándolo en el compartir sus conocimientos agrícolas, así como también cultivando su hospitalidad. Al permanecer ahí y manteniendo su dialógica relación con sus vecinos musulmanes, ellos se arriesgaron casi a una muerte segura; sin embargo ellos estaban muy conscientes de mejorar la calidad de vida de su diaria existencia en los detalles de la vida monástica y genuina preocupación por la población local. **Sintieron que el martirio era algo a ser deseado, porque no querían ser la causa de cualquier culpabilidad o castigo. En otras palabras, estaban preocupados por la salvación de aquellos que podrían matarlos.** En sus escritos aprendemos que deberíamos orar tanto por lo opresores como por los oprimidos, por aquellos que asesinan, como por los que son asesinados. Esto es lo que el Padre Christian, el abad de la comunidad monástica de Nuestra Señora de Atlas en Argelia escribió, acerca de la posibilidad de morir. El se dirigió a sus verdugos:

Y ustedes también mis amigos de último minuto, quienes no habrían sabido lo que estaban haciendo; a ustedes también les digo gracias y este *a-diar* (adiós)--para

encomendarlos a Dios en cuyo rostro los veo a ustedes. Y que Él nos conceda encontrarnos a cada uno, felices ladrones, en el Paraíso, si así le complace a Dios, el Padre de todos nosotros.

El Don de Piedad capacitó a los mártires trapenses argelinos a amar aún a sus enemigos como hermanos y a perdonarlos anticipadamente por sus crímenes.

Esta heroica actitud de total perdón a todos y cada uno es el más maduro fruto del Don de Piedad. Puesto que el sentido de pertenencia a la familia humana como un todo continúa creciendo a través de la O. Contemplativa y su práctica, esta unión se extiende por la tierra, el medio ambiente y, en verdad, a toda la creación. Uno comienza a percibir a todas las cosas en Dios y Dios en todas las cosas. La Divina Inhabitación percibe el Ser-de-Dios en todo lo que existe.

Un ejemplo de esta nueva manera de ver la realidad viene a la mente. Yo a menudo tomo una caminata a través de una arboleda de álamos en el lugar del monasterio donde vivo. Las hojas del álamo son extremadamente sensibles a la ligera brisa. Aún y cuando el aire esté tranquilo, unas cuantas hojas siempre se estarán agitando. Tal fue la serena recepción que recibí al caminar dentro de la arboleda un cierto día de verano hace pocos años. De improviso un fuerte viento apareció y sopló a través del bosque de álamos. Todos los árboles con sus hojas entraron en acción. Cada hoja fue agitada salvajemente. Las ramas fueron curvadas de tal modo que daban la impresión de un aplauso similar a una ovación. Movía a pensar que los sauces me saludaban a mí. Ansiosamente agité los brazos hacia ellos tratando en vano de imitar su tumultuoso saludo.

Pero ¿realmente los sauces me saludaban a mí? O ¿estaban saludando al Dios en mí? ¡Yo saludé al Dios en ellos! Fue un maravilloso intercambio: **el Dios en mí, saludando al Dios en ellos. El Dios en mí siendo el Dios en ellos.**

CAPÍTULO 9

“EL DON DE CONSEJO”

El Don de Consejo eleva la virtud de la Prudencia a una nueva dimensión. No solamente sugiere qué hacer en el largo plazo, sino también cómo proceder en los detalles de nuestras vidas cotidianas. Mientras más abiertos al Espíritu estemos, más se hará cargo de nuestras vidas el Espíritu. Este mismo ya vive nuestras vidas por nosotros. Cometemos muchos errores pero nos mantenemos regresando a la toma de conciencia de que Dios conoce cómo vivir nuestras vidas. Solamente Dios conoce el camino largo. Solamente sus planes para con nosotros son los que van a funcionar, no los nuestros.

Las inspiraciones del Don de Consejo están más cercanas a nosotros que las instrucciones verbales. Dios, está tan íntimamente presente en nosotros que el constante apercebimiento de la presencia divina está siempre disponible, si estamos abiertos a ella. Nos contiene y nos abarca, todo en nuestras vidas, y toda realidad al mismo tiempo. **Estar en la presencia de Dios, tanto como podamos a lo largo del día, es el secreto del continuo crecimiento en la oración contemplativa.**

La primera cosa que emerge como un patrón a medida que nos relacionamos con el Espíritu como Consejero es la necesidad de cambiar o modificar nuestra conducta. El Espíritu nos enseña cómo comportarnos en la casa del Padre. Somos como un jovencito tomado de la calle por una muy culta familia que decide sacarlo fuera de la beneficencia. Él no sabe cómo comportarse. Cuando ve la mesa del comedor, pone sus zapatos embarrados sobre ésta. Alguien tiene que decirle que ésta, no es la forma apropiada de conducirse.

Recuerdo haber oído la historia de un hermano cristiano que servía en un hogar para menores infractores. Él pasó un terrible momento con un muchacho que era absolutamente recalcitrante. Primeramente, acostumbraba escupir en la sopa. El hermano trató de persuadirlo por todos los medios que pudo para que se corrija, sin resultado alguno. Un día, el joven se dirigió hacia él y le dijo: “¿Sabe qué, Hermano?” Dime, qué es, replicó el Hermano. “Jesús me dijo que no escupa en la sopa”.

Así es que el Don de Consejo no está limitado al perfecto o bien portado, pero nos involucra a cada uno justamente donde nos encontramos, guiándonos sutilmente, aunque algunas veces sin rodeos, hacia donde debemos conducirnos.

Las inspiraciones del Don de Consejo son generalmente prácticas, concretas y sensatas—sugiriendo cómo actuar en los asuntos rutinarios. Éstas pudieran sugerir a veces proyectos de largo plazo, pero la mayoría de las veces sugieren qué hacer ahora mismo y a menudo con gran detalle; v.gr. qué comer o qué no comer, cuál travesía emprender o cuál no emprender, cuando irse a la cama, y cuándo permanecer despiertos. El Don de Consejo podría sugerir cosas que de apariencia contraria a la piedad; por ejemplo, pudiera sugerir no entrar a una forma de vida religiosa por la cual uno tiene fuerte atractivo. Dios podría ver que habrá problemas a futuro que nosotros no anticipamos a ver. El Espíritu podría recomendar cosas que pareciesen extrañas tales como tomar un trabajo que nos impida asistir a misa por semanas o meses. El Espíritu podría al mismo tiempo, darnos una apacible atracción a

aceptar esa posición. Después, el propio Espíritu nos posibilitaría hacer mucho bien a los demás.

El Don de Consejo es flexible y libre de ideas pre-concebidas. Esto es lo que quizás lo caracteriza como un don. Las prácticas que pensamos son esenciales para nuestros planes cuidadosamente trazados de santidad, tienden a verse llenas de hoyos por la divina providencia.

Necesitamos ser sensibles al divino impulso. El ‘Asesoramiento’ no es necesariamente un mensaje directo; no es una ‘palabra de sabiduría’ la cual es un don carismático por el cual quedamos convencidos de que Dios nos está hablando. El Don de Consejo es normalmente una delicada atracción que es apacible aún y cuando sea altamente sorprendente. Cada uno que está en la travesía espiritual tiene este Don. Su actividad no es el resultado de nuestro razonamiento o planeación. En incidentes particulares, el hecho de que haya sido la decisión adecuada para hacer, es solamente revelado en ‘alguna parte del camino’.

Un clásico ejemplo es el envío de setenta y dos discípulos a sanar la enfermedad y a preparar el camino para la llegada de Jesús a varias ciudades. La misión se proponía causar una impresión, de tal manera que cuando Jesús viniera, fuese bien recibido. Los discípulos no estuvieron bien preparados para esta misión bajo cualquier criterio. Ellos no habían estado en algún seminario. No conocían mucho de las S. Escrituras. Sus redes estaban escasamente secas en las orillas del lago cuando Jesús reunió a la mayoría. Ellos no eran los apóstoles. No tenían larga experiencia con Él. Ellos eran solamente un grupo de hombres que habían estado siguiendo a Jesús por un corto período de tiempo. Jesús dijo en efecto, “*Vayan ahora, curen a los enfermos, echen fuera a los demonios*”. ¿Cómo habrías respondido tú si tal acción se te hubiera sugerido a ti? Jesús los envió de dos en dos para que tuvieran un pequeño apoyo mutuo. Pero el mismo se abstuvo de ir; los envió por su cuenta. Cuando estos regresaron, estaban llenos de entusiasmo. La misión fue un aplastante éxito. Ellos estaban emocionados y estremecidos cual personas en una gran reunión carismática cantando en lenguas y profetizando.

Cuando los discípulos le informaron del suceso a Jesús, éste les dijo que no se emocionaran tanto por su poder para hacer milagros; puso fin a su entusiasmo, puntualizando que deberían entusiasmarse más por tener escritos sus nombres en el cielo, **significando que ellos eran parte del plan divino. Esas eran palabras que podían ser dirigidas a nosotros.** Somos parte de un plan del que no conocemos mucho. Estamos tratando de seguirlo y necesitamos la guía del Espíritu Santo a través del Don de Consejo.

Démosle una mirada cercana a la historia como pudiera aplicarse a nuestras vidas. A menudo nos encontramos en una situación en donde se nos ha encomendado hacer algo para lo cual no nos sentimos adecuadamente preparados; nuestra primera reacción es ‘No’. **Cualquier decisión que no sea fácil de discernir requiere que oremos por ella.** En un nivel no queremos hacerla porque nos sentimos totalmente incompetentes. Y aún apaciblemente el pensamiento viene, ‘¿Por qué no haces esto de cualquier manera?’ El punto que quisiera recalcar es que tú podrías sentir que vas en contra de tu mejor juicio. Te sientes incompetente ¡y quizás lo seas! Sientes que pudieras hacer un pésimo trabajo, y así tú titubeas.

Tres etapas ocurren frecuentemente en las acciones que son incitadas por el Espíritu. La primera es que te sientes llamado por Dios para hacer algo que requiere gran esfuerzo, y algunas veces el proyecto es inicialmente un gran éxito. La siguiente etapa es cuando tu éxito inicial falla. Sientes que has cometido un error y te sientes humillado. Resuelves no volver a tomar un riesgo similar. Finalmente, está el triunfo de la Gracia, a menudo totalmente inesperado. Estos tres elementos casi siempre van juntos. El triunfo de la Gracia puede consistir en el hecho de que una o dos personas realmente se conecten con lo que estuviste tratando de enseñar, y ellos entonces se convierten en el núcleo de un diminuto grupo que comienza a diseminarse. Lo que percibiste al principio como un éxito, resulta ser un fracaso, y lo que pensaste que lo era, resulta en realidad el comienzo de un ministerio bendecido por el Espíritu que tendrá gran trascendencia. **Todo lo que tienes que hacer, es dar el primer paso.**

En el caso de los discípulos como vemos, ellos fueron un aplastante éxito. Realmente, nada falla más que el éxito, especialmente para los principiantes. Jesús envió a sus discípulos sin preparación, conociendo que ellos disfrutarían el abrumador éxito y regresarían con sentimientos e vanidad y orgullo. Esa fue su falla. Jesús hubiera tenido que instruirlos de que su idea de éxito no era lo que Él concebía como tal. El éxito aparente, ya sea en un ministerio o una vocación sugerida por el Espíritu, no es literalmente lo que éste significa. Más bien, la humillación por el aparente fracaso hace más certero el triunfo de la Gracia. **Podría no ser lo que tú esperabas, pero será mucho más exitoso en el largo plazo que cualquier cosa que pudieras haberte imaginado.**

El Don de Consejo no actúa de acuerdo con la prudencia humana. Lo que éste sugiere no es generalmente un bien pensado plan de acción. **Podría sugerir un rumbo que contradice lo que ha sido una gran fuente de apoyo en la propia travesía espiritual.** Por ejemplo, ciertas devociones pueden servir como adecuadas herramientas para un determinado período de la propia vida. Más adelante, pudiesen no ser tan útiles y un nuevo grupo de herramientas se hiciera necesario. Esto no es para denigrar a las grandes devociones de tradición cristiana. Para algunas personas, estos pudiesen ser excelentes medios toda su vida. En el caso de los demás, el Espíritu podría inspirarlos a dejar o agregar alguna práctica espiritual.

El Don de Consejo sugiere cómo ajustarse a las circunstancias que son inusuales o que cambian. Puede suceder que en algún punto el Espíritu sugerirá que nuestro símbolo sagrado ya no es más útil; solamente se interpone. O de nuevo tú podrías piadosamente decir la frase de oración activa y adelante viene el Espíritu diciendo “El fruto de la práctica ha sido logrado”. Cuando esto suceda, ya no necesitas más ese medio. Es como cuando tomas un tren a Nueva Cork, cuando llegas, no compras otro boleto para ir a Nueva Cork, porque ya te encuentras allí.

Este movimiento dentro de la presencia de Dios en la vida diaria comienza mostrando todos sus detalles a esa presencia. Lo que hacemos tan pronto nos levantamos en la mañana es importante. La última cosa que hacemos al retirarnos es importante. Justamente lo que hacemos pudiera ser una cuestión de elección de qué funciona bien para nosotros. Algunos gustan leer algunas líneas de la Escritura al retirarse, o tan pronto como se levantan por la mañana. Otros prefieren practicar la O. Centrante en seguida. Otros dicen una breve oración desde sus corazones apenas se despiertan para darse a si mismos a Dios. Algunas personas que practican la O. Centrante y que se levantan en la noche y no pueden volver a dormirse,

entran en la actitud que tienen durante la O. Centrante; ellos permanecen en esa actitud por una hora o más y encuentran que ello les trae tanto reposo como estando dormidos. **Ser creativo en las formas de estar en la presencia de Dios cuan largo es el día, mejorará en gran medida nuestra apertura a Dios cuando entramos en la O. Centrante.**

El resultado de muchas de nuestras prácticas, incluida la O. Centrante, es establecer un estado en el cual nuestro deseo espiritual es constantemente dirigido a Dios. En algún punto alguna práctica específica podría probar ser un obstáculo a la divina acción. Podríamos estar haciendo algo para ayudar a Dios cuando Éste no necesita ayuda alguna. **El Don de consejo sugiere la clase de cooperación que debemos ofrecer a Dios, e igualmente sugiere cuándo aquella ya no es más útil.** Entonces solamente deberíamos ‘descansar en Dios’. Hay gente a quienes cualquier práctica que pudieron haber iniciado le resulta una distracción. Entonces, cuando algo emerge del inconsciente que da la sensación de uno de los centros emocionales marchándose, ellos solamente tienen que advertirlo y aquel desaparece. Cualquier esfuerzo para deshacerse del mismo, sería excesivo. Cuando estamos en un nivel profundo de paz, aún un fervoroso movimiento es una distracción. Es como los anticuados aviones que se acostumbraban usar radio-senal; si el avión volaba demasiado a la derecha, el piloto escuchaba un biip; si iba muy cargado a la izquierda, escuchaba dos biips. Cuando ya no se escuchaba señal alguna, entonces el aeroplano estaba bien en curso y ya nada tenía que hacerse.

El Don de Consejo es una apacible inclinación a continuar lo que estamos haciendo o a cambiarlo. Podemos ignorarlo, es una sugerencia. Tómala o déjala. El desarrollar esa sensibilidad requiere trabajo de nuestra parte para mantener nuestro interior en silencio, pero una vez que se ha establecido, el único momento que disponemos para entrar en acción es cuando advertimos una pérdida de placidez. Esto significa que estamos fuera de curso. A medida que esa placidez tiene lugar, estamos en profunda oración todo el tiempo, ya sea que estemos orando formalmente o no. Así, ya sea que estemos siendo aconsejados o haciendo trabajo manual pesado, a medida que ese sentimiento de interna quietud y paz se alcance, Dios no nos está pidiendo que pensemos en él o que juzguemos la situación. Él solamente quiere que nosotros nos mantengamos en curso, para hacer Su voluntad en el momento presente. La oposición, negatividad o el fracaso no requieren que se les preste mucha atención. **El esfuerzo humano, las fallas y el triunfo de la Gracia, parecen ser el patrón que normalmente sigue el Espíritu.** Aunque eso a veces sea difícil de percibir debido a nuestras ideas preconcebidas respecto de cómo debiera parecerse el triunfo de la Gracia. Este último consiste en que nosotros aceptemos la humillación del fracaso, lo cual es en verdad un triunfo, un mayor triunfo que el éxito externo.

De hecho, la experiencia de las fallas en el ministerio, nos enseña en el largo plazo cómo hacerlo, esto es, **la completa dependencia en Dios.** Yo no sé si existe otra manera de aprender cómo actuar en el ministerio. **El fracaso es parte del proceso de aprendizaje.** Entonces quizás, para nuestra gran sorpresa, todo entra en calma y trabaja durante algún tiempo. Sin embargo, no esperemos por mucho tiempo persistir en esa situación estable porque, justamente cuando todo parece ir suavemente, el Espíritu surge con otra nueva idea y tú ¡te vas a las competencias otra vez!

Atestiguar cómo la gente ordinaria crece en su travesía espiritual es un gran aliciente. Podemos ver cómo ellos van profundizando todo el tiempo y nos maravillamos de cómo esto sucede. Todos ellos se lamentan de cuántas fallas están sufriendo, pero de hecho, se están

haciendo más y más cercanos a Dios. Esto es donde la historia real de éxito miente. Aquellos **están recibiendo consejos del Espíritu y poniéndolos en práctica.**

-00-

CAPÍTULO 10

“EL DON DE CONOCIMIENTO”

(Primera parte)

El Don de Conocimiento nos da una idea verdadera del mundo creado en relación a Dios: no es sustituto de Dios, como tendemos a hacerlo. El mundo creado es un peldaño hacia Dios y manifiesta a Dios. Sin esa orientación. El mundo creado es pura vanidad o ilusión. Puesto que nosotros también somos seres creados, hay un cierto carácter humillante que el Don de Conocimiento imparte—es decir que básicamente somos con tendencia a la ilusión y que nuestra manera de mirar la vida no es el único camino y ciertamente no el más atinado. Tal conocimiento nos abre, como la apertura de mente y corazón que nosotros perseguimos en la Oración Centrante, a la realidad de Dios, justamente como Él es, sin nuestras interpretaciones—ya sean éstas devotas o pías. Dios es extremadamente sensato y tiene un cierto humor y jovialidad, cualidades que Jesús manifiesta en el Evangelio, especialmente en las parábolas.

El Don de Conocimiento es una intuición dentro del hecho de que sólo Dios puede satisfacer nuestros profundos anhelos de felicidad. Este Don provee perspectivas sobre la energía que ponemos en nuestros programas emocionales de felicidad que surgen alrededor de las necesidades instintivas de: seguridad y supervivencia, poder y control y afecto y estima. Mientras que estas necesidades son esenciales para nuestra supervivencia y crecimiento como infantes, llegan a ser desorbitadas hasta el grado en que sentimos que han sido contenidas. Es así que a medida que el proceso compensatorio se vuelve más arraigado, invertimos más y más energía en buscar en nuestra cultura o en nuestro medio ambiente los símbolos que satisfarán nuestras incontrolables necesidades.

Obviamente, dada la naturaleza del falso-yo, estamos en competencia con cada uno en el mundo que está tratando de hacer las mismas desafortunadas y añidadas cosas. No es posible que tenga éxito. Cuando esto no funciona, estamos inmediatamente frustrados y desencadenamos emociones aflictivas, tales como pesar, cólera, pánico, y desaliento. **La propia vida se convierte en un ciclo interminable de deseo, frustración y emociones aflictivas.** Este reciclaje hace a algunas personas tan miserables que optan por alguna forma de terminar su dolor, tales como un retraimiento de la vida (apatía) o un agresivo programa que trata de dominar a todos los demás. El Espíritu de Dios, en respuesta a nuestra práctica de O. Centrante nos provee la visión para la energía que es canalizada dentro de esta diaria frustración de nuestros inmoderados deseos. El Espíritu nos dice: **“Nunca encontrarás felicidad en alguna de tus necesidades instintivas. Éstas son solamente cosas creadas, las cuales están diseñadas para ser trampolines para llegar a Dios, y no sustitutos de Dios mismo”.**

El Espíritu nos introduce a la verdadera fuente de la felicidad, la cual es la experiencia de Dios tan entrañable y siempre presente. En vez de regocijarnos con tan grande obsequio, la mayoría de nosotros caemos en un período de lamento. Esto es natural, debido a que cuando un ser humano pierde algo que ama grandemente, se siente triste. Si pensamos que la seguridad, el afecto o el poder son las mayores cosas en la tierra y no las estamos obteniendo—o nunca las vamos a obtener—automáticamente caemos en pesar.

En la acción del Don de Conocimiento, el pesar no es como los sentimientos ordinarios de desconsuelo. Es más bien constructivo y fructífero, porque después de que nos acostumbremos al hecho de que **Dios es la única fuente de la felicidad**, ya no tenemos energía para invertir en estas vanas expectativas y así comenzar a experimentar paz. Los Frutos del Espíritu—Caridad, Gozo, Paz, y los restantes—comienzan a emerger como habituales disposiciones en la vida diaria. **Los más maduros Frutos del Espíritu son las Bienaventuranzas, las cuales son aún las más grandes disposiciones de libertad.** A través del ejercicio de los Frutos, ya no somos más limitados por los residuos de los programas emocionales de felicidad que traemos con nosotros desde nuestra tierna infancia y que hemos estado dominando más o menos por toda nuestra vida.

El Espíritu también sepulta los prejuicios e inclinaciones que vienen del período de cuatro a ocho años, cuando nosotros incuestionablemente absorbemos los valores de nuestra cultura, padres, educación y etnia, grupos religiosos y colegas. Hay, por supuesto, unos ciertos valores en esas entidades sociales. Es nuestra sobre-identificación con esos valores lo que jala hacia fuera nuestra energía a varios puntos muertos, evitando relacionarnos con Dios.

El Don de Conocimiento corresponde a la Bienaventuranza de aquellos que guardan luto. La razón del pesar es que algo dentro de nosotros cae en cuenta de que nuestros programas de felicidad montados en la temprana infancia, ya no van a trabajar más. Este es uno de los frutos intuitivos del Don de Conocimiento. Es el entendimiento del daño que los programas emocionales nos han hecho a través de nuestras vidas hasta ahora. Parte del pesar causado por el Don en cuestión es la bella Gracia llamada “lágrimas de contrición”. Tal contrición es igualmente conocida como *‘compunción’*. **Esta última es la humilde aceptación de nuestras fallas sin ningún sentimiento de culpa adherido a éstas.** Si existen sentimientos de culpa adheridos, entonces estos provienen de nuestra propia neurosis. Cuando hay un sentimiento de amoroso pesar por habernos dañado a nosotros y a los demás, estas lágrimas son purificantes. Así, la promesa contenida en la Bienaventuranza: *“Benditos son aquellos que lloran, porque ellos serán consolados”*.

El confort consiste en el ejercicio de la esperanza. La virtud teológica de la Esperanza, es purificada por el Don de Conocimiento y perfeccionada. La Esperanza como virtud teológica no depende del pasado. En otras palabras, **la Esperanza no está basada en lo que hicimos en el pasado, ya sea bueno o malo.** No importa quiénes somos, aún si somos los más grandes pecadores sobre la tierra, podemos siempre esperar, **porque la Esperanza no está basada en acciones pasadas. Está basada en la infinita bondad y misericordia de Dios aquí y ahora—una misericordia que nunca cambia.**

Aquellos que lloran (padecen) son bendecidos porque el sentimiento de pesar es mitigado y balanceado por la virtud teológica de Esperanza, como acabamos de señalar. **La compunción es una mezcla o perfecto balance de, pesar por las verdaderas fallas e ilimitada confianza en la Misericordia de Dios.** Sin ese equilibrio, el pesar se torna en abatimiento o aún desesperación. Cuando quiera que nos sintamos abatidos, especialmente cuando nos sintamos desesperados sobre alguna fechoría en nuestra vida, **debemos inmediatamente tener presente la esperanza: que Dios está siempre esperándonos con amor incondicional. En el momento en que volteamos hacia Él con confianza en Su divina Misericordia, el pasado queda completamente olvidado. Dios se relaciona con nosotros en el momento presente, no en el pasado o el futuro.**

CAPÍTULO 11

“EL DON DE CONOCIMIENTO”

(Segunda parte)

El Don de Conocimiento es la introducción a ‘la Noche de los Sentidos’ la cual es la radical puesta en perspectiva de nuestros programas emocionales de felicidad. Éste desapega el apetito por lograr felicidad a través de símbolos de seguridad y supervivencia, poder y control, afecto y estima, o a través de valores que asimilamos de nuestros condicionamientos culturales.

El ejercicio de los siete Dones del E. Santo llamados las Bienaventuranzas son las internas resurrecciones que tienen lugar como resultado de la purificación y humillación del falso-yo. Quizás el primer Don con el que nos ponemos en contacto al iniciar la práctica de la O. Centrante es el Don de Conocimiento, el cual es el conocimiento de las criaturas en relación con Dios. Este conocimiento es precisamente el que no tenemos cuando emergemos de nuestra infancia con nuestros varios modos de lidiar con experiencias traumáticas. El Don de Conocimiento nos inculca intuitivamente (esto es, no mediante el proceso de razonamiento, sino intuitivamente como fruto de la oración) que sólo Dios puede satisfacernos. Usualmente esto no aparece como una súbita revelación sino como resultado de la gradual disminución de nuestros programas emocionales de felicidad y sobre-identificación con nuestros condicionamientos culturales.

Nuestras necesidades de seguridad y supervivencia, poder y control y afecto y estima están estimulados por los símbolos de la cultura en la que vivimos. Cuando nos entregamos a la oración y sumisión a la voluntad de Dios, estos programas de felicidad cambian a un nuevo lugar—a un nuevo edificio, podríamos decir, pero permanece el mismo inquilino. **En otras palabras, como consecuencia de la conversión, la seguridad viene a significar ‘consolación’ en la oración;** estima y afecto pueden significar la estima e nuestros colegas, quienes piensan que somos personas santas; poder y control pueden significar que tenemos aspiraciones ocasionales de ser el pastor de una parroquia, el abad de una comunidad monástica, o el obispo de una diócesis.

Tales aspiraciones son a las que se refiere ‘el mundo’ que San Juan en su Evangelio desapruaba. No es el mundo en sí mismo el que debe ser evitado; porque el mundo necesita desesperadamente de nuestra ayuda. Son nuestras *disposiciones mundanas* las que son los problemas, nuestros programas emocionales para la ilimitada seguridad, afectos y estima, poder y control, a más de nuestra sobre-identificación con los condicionamientos culturales.

A medida que practicamos la O. Centrante, comenzamos a comprender la naturaleza de las dinámicas de nuestro inconsciente. Tal vez a través del Eneagrama de Myers-Briggs, o de algún otro programa de auto-ayuda nos volvemos conscientes de nuestros temperamentales prejuicios y características de personalidad. Toda esta valiosa información es útil pero no va más allá ni suficientemente lejos—porque el temperamento y los rasgos de personalidad están todos ellos enraizados en el inconsciente, y nuestros mejores esfuerzos en el nivel consciente solamente pueden moderarlos. El Espíritu viene en nuestra ayuda al grado de que nos damos sinceramente a Dios y nos hacemos dóciles al Terapeuta Divino. Entonces

el despliegue del auto-conocimiento tiene lugar, y en el cual vemos las dinámicas del falso-yo interfiriendo y mezclándose con las motivaciones de nuestras buenas obras.

Por ejemplo, podemos encontrarnos en algún respetable ministerio mientras al mismo tiempo experimentamos algún desasosiego interior. En realidad podemos estar huyendo de nosotros mismos o siendo llamados por Dios a una más grande soledad y silencio. De nuevo podemos usar nuestro ministerio de una forma de adicción al trabajo. Ya que estamos siendo ‘trabajólicos por Dios’, es duro discernir que nuestras motivaciones están mezcladas con el egoísmo y mundanería.

El Espíritu viene en nuestra ayuda no para condenarnos, sino siempre para alentarnos. El Espíritu enfatiza en nosotros el hecho de que la realidad no es de la manera en que la vemos. Normalmente vemos la realidad a través del prisma de los deseos de nuestros programas emocionales de felicidad que están enraizados en nuestras primitivas necesidades instintivas. Cualquier cosa que entra en la órbita del campo gravitacional de nuestros deseos básicos de felicidad es juzgada en términos de si sirve o no sirve ese básico impulso o demanda. No hay nada malo con los instintos básicos como tales. Estos se vuelven distorsionados o exagerados en la infancia y niñez cuando estas necesidades no son adecuadamente atendidas.

El Espíritu inculca en nosotros que sólo Dios puede satisfacer nuestros anhelos de felicidad. Nótese lo que esta toma de conciencia hace al falso-yo y a los programas emocionales. Les anuncia de una manera indiscutible que ya no van a funcionar. Si tu has gastado una significativa parte de tu vida con una cierta idea de felicidad, tú conocerás ahora interiormente, intuitivamente, y con certidumbre que no hay esperanza de encontrar felicidad allí, al menos hasta el grado en que la has esperado. ¿Qué es entonces lo que va a suceder a todos los programas? Estos se vuelven radicalmente relativizados. Ahora sabemos que ellos solamente nos traerán un limitado monto de satisfacción, no la absoluta felicidad con la que hemos contado y que se vuelve a aquellos como sustitutos para Dios. El resultado neto es que nosotros pasamos por un período de pesar. Cuando quiera que perdamos algo que amamos o que contamos, es natural pasar por un período de pesar.

La Noche de los Sentidos usualmente ocurre después de disfrutar una enriquecedora relación con Dios o con Jesús. Las escrituras se hacen accesibles para nosotros; disfrutamos recibir la Eucaristía, tener lecturas espirituales, o teniendo retiros. Nos atrae hacer oración, ambas, privada y litúrgica. Podemos aún tener momentos de especial consolación o profundo entendimiento. De repente, o gradualmente, percibimos que nuestra satisfacción por las cosas espirituales está mezclada con nuestros programas emocionales de felicidad. Al mismo tiempo, **las cosas de Dios que una vez encontramos satisfactorias se vuelven insípidas y monótonas.** Desgranamos rosarios, hacemos Vía crucis, visitas al Smo. Sacramento, comenzamos con entusiasmo, trabajamos duro y nos pegamos a la banca de la Iglesia para no ausentarnos de la misa del domingo. La escritura llega a ser algo como leer la guía telefónica. **Sentimos que estamos yendo en reversa en nuestra vida espiritual.** Podemos aún sentir que todo lo bueno que hemos experimentado se ha ido para siempre.

Estas son algunas de las señales de que la Noche de los Sentidos nos está alcanzando. Es una gran misericordia de Dios porque sin la minimización de nuestros programas emocionales de felicidad, podríamos ir bien buscando la felicidad bajo varios disfraces

religiosos o espirituales. Seríamos la misma vieja individualidad, solamente que con un ‘nuevo escaparate’, por decir—un poco más respetable que la que tuvimos anteriormente.

El Don de Conocimiento nos revela que sólo Dios puede satisfacer, y que los placeres y satisfacciones de la vida son tan sólo peldaños hacia la felicidad. Todos ellos tienen limitaciones, y pretender extraerles la absoluta felicidad, no es solamente iluso, sino que no servirá para nada. Tenemos un motivo ahora dentro de nosotros para dejar ir esos programas emocionales de felicidad, y entonces el falso-yo comienza a resquebrajarse, y a través de las grietas viene el profundo auto-conocimiento y la comprensión de las dinámicas de nuestro inconsciente. Comenzamos a ver cómo estos programas interfieren nuestras relaciones con las demás personas, con nosotros mismos y con Dios.

El Don de Conocimiento es el recto ordenamiento de la creación en relación con Dios. No es un rechazo a las buenas cosas de la creación, aunque pudiese sentirse como si estuviéramos perdiéndolo todo. **En realidad, estamos obteniendo el verdadero conocimiento del propósito de las criaturas, el cual es asistirnos y apoyarnos en el descubrimiento de la presencia de Dios en todo.**

Junto con esta revelación, la cual es el más importante trabajo de este Don, está la apreciación de Dios en las criaturas, aún en la más diminuta de éstas. San Francisco de Asís nos ofrece el más famoso ejemplo de encontrar a Dios en todo. Esto fue un don que Bernie O’Shea también tuvo (ver el capítulo ocho del libro: ‘Invitación a Amar’). Bernie estaba cautivado con las margaritas, las nubes, y en verdad, toda la naturaleza. Él encontró a Dios por doquiera en la creación. **El Don de Conocimiento nos capacita para percibir la presencia de Dios aún en la más modesta de las cosas.** Esto también da origen a los símbolos de la liturgia que son especialmente significativos. Los símbolos de la práctica litúrgica nos ponen en contacto con los divinos misterios que contienen. No es al eludir los símbolos, la liturgia y los rituales, sino pasando a través de ellos, que uno accede al misterio al cual están señalando. **El Don de Conocimiento nos sugiere perseverar en nuestras prácticas devocionales y litúrgicas y en la vida sacramental durante la Noche de los Sentidos cuando, en nuestros sentimientos naturales y sentidos, nos parezca que no nos proveen de algún beneficio.**

El Don de Conocimiento es el primero de los dones contemplativos del Espíritu Santo. Él inicia la Noche de los Sentidos. **No está diseñado para causarnos aflicción, sino para iluminarnos mediante la relativización de nuestros programas emocionales que pensamos nos traerían la felicidad.** La Noche de los Sentidos es dolorosa por esa razón y no porque Dios está castigándonos por nuestros pecados. El Espíritu de Dios se apresura a asistirnos, cualesquiera sean los esfuerzos que hacemos para dejar ir los programas emocionales de felicidad.

El Don de Conocimiento nos apremia asimismo a dejar ir la sobre-identificación con nuestro grupo o roles en la vida. Ejemplos de esto son abundantemente presentados en el Evangelio, donde vemos a Jesús actuando para socavar las pre-suposiciones de la gente de su tiempo. **Este fue el problema de los fariseos.** Ellos se presentaban a sí mismos como representantes de Dios, cuando en la realidad, su observancia era profana y fomentaba bajo disfraces religiosos los mismos viejos programas que la gente que no usaba atuendos religiosos estaba utilizando para ascender en las escaleras políticas o sociales.

CAPÍTULO 12

“EL DON DE ENTENDIMIENTO”

Primera Parte

El Don de Entendimiento es la penetración de las verdades de la Fe. Esto puede venir durante la oración Pero lo más probable es que venga fuera del tiempo de oración. Las inspiraciones del Don de Entendimiento no son pensamientos ordinarios sino más bien impresiones espirituales o visiones interiores que emergen espontáneamente. Aunque el tiempo de oración no es precisamente el tiempo de pensar en ellos, el efecto de estas inspiraciones permanece en nosotros aún después del tiempo de oración. Nosotros podemos entonces ciertamente disfrutar y paladear el penetrante conocimiento de los misterios de fe que ellos inspiran. Tú pudieras de repente caer en cuenta a través de una experiencia de lo que significa la Comunión de los Santos. O pudieras entrar a una profunda compenetración de las palabras, “*La Palabra se hizo Carne...*”. Las verdades de la Fe son como la superficie del océano apuntando a las profundidades, pero ellas no nos muestran lo que está debajo de la superficie, a menos que el Espíritu ilumine sus más profundos significados. **El Don de Entendimiento revela lo que está escondido en las mayores verdades de la doctrina cristiana.**

El Don de Entendimiento perfecciona, profundiza e ilumina la Fe como el significado de la verdad revelada, agregando nuevas profundidades al misterio al cual estamos accediendo. Por ejemplo, podría haber algún aspecto de la Sma. Trinidad o de la grandeza de Dios. Podría ser la presencia de Cristo en la Eucaristía. Podría ser la infinita Misericordia Divina en el sacramento de la Reconciliación. En pocas palabras, no es solamente la afirmación de algo en lo que creemos o asentimos. **Una característica del Don de Entendimiento es que provee una experiencia viva del misterio. Una o dos de esas experiencias pueden durar toda una vida y hacer de ésta una impresión profunda en cuanto a reorientar toda la vida espiritual de una vez para siempre.**

La tabla de madera en nuestro propio ojo a la cual se refiere Jesús es un indicio de que el Don de Entendimiento nos revelará el carácter básico de nuestra vacuidad. Éste no es un desastre sino simplemente la verdad. Nosotros fuimos creados sacados de la nada. Dado quiénes somos, carecemos de bases cualesquiera para juzgar a nadie más. La referencia sobre la paja en el ojo de nuestros vecinos y la viga en el nuestro es una manera humorista de invitarnos a un más profundo entendimiento de nosotros mismos y capacitarnos a aceptarnos tal como somos, como quiera que seamos.

¿Cómo funciona el Don de Entendimiento? O ¿cuáles son los efectos psicológicos de su actividad directa? Para responder a estas preguntas, compartiré primero una experiencia personal. Quizás esto refrescará tu memoria sobre alguna experiencia similar propia que te ilustre acerca de la naturaleza del precioso Don del Entendimiento y como éste engrandece la propia perspectiva de Dios y de los misterios de la Fe.

Cuando yo era un joven en la Universidad de Yale, experimenté una profunda conversión espiritual. Encontré en la librería un juego de libros sobre Los Cuatro Evangelios por los Padres de la Iglesia llamados la Catena Aurea (la cadena de oro).

Aquellos comentarios abrieron mis ojos de una vez por todas al hecho de que, **la dimensión contemplativa del Evangelio es el aspecto más importante de la Religión Cristiana**. Los Padres de la Iglesia interpretaron el Evangelio desde esa perspectiva. Ellos llamaron a su interpretación el ‘Sentido Espiritual’ o el ‘Sentido Alegórico’ de las Escrituras. Han existido diferentes palabras para esta asimilación de las Escrituras en diferentes épocas.

La Segunda Guerra Mundial estaba comenzando cuando me gradué en un internado. Las bombas estaban cayendo en Inglaterra y la Blitzkrieg (‘guerra relámpago’) estaba en marcha. Nuestra graduación fue ensombrecida por el hecho de que pudiésemos no tener un futuro. Tuve que salirme de Yale debido a previos compromisos cuando el curso fue apresurado debido a la II Guerra Mundial.

Fui a la Universidad de Fordham por unos pocos meses, esperando a ser reclutado. Durante las vacaciones solía visitar el hogar familiar en Long Island, y caminaba un par de millas cada día para ir a Misa debido al racionamiento de gasolina. El querido viejo encargado de la rectoría local, que estaba en sus ochentas, vio a este devoto joven caminando hacia el templo, y decidió que debería estar en un Seminario. Él me abordó un día y me dijo, “Tú deberías realmente ver a Monseñor; él es muy paternal”.

Yo no tenía interés en ver a Monseñor, puesto que no estaba del todo atraído por ser un cura diocesano. Pero no tenía nada que perder, así que lo fui a ver, y él en verdad tenía una preocupación paterna por mí. Era asimismo una persona santa. Él dijo: “Déjame arreglar una entrevista para ti con el obispo”.

El Monseñor hizo los arreglos y yo fui a ver a un obispo auxiliar en Brooklyn, quien no encontró dificultad en registrarme como un pre-estudiante de Teología en el seminario diocesano. Yo recibí un aplazamiento. Mi número de reclutamiento había llegado y en el último momento recibí el aplazamiento. Aún así, me sentía incómodo, porque mis amigos estaban siendo reclutados y algunos hasta habían muerto. El monseñor, quien estaba muriendo de cáncer, percibió mi ansiedad y me dijo: “*Esta guerra no es para ti*”. Por alguna razón, sus palabras se alojaron en mi corazón y me dieron una profunda paz, a pesar del hecho de que yo parecía un evasor del servicio militar a todos mis parientes, amigos y a mí mismo.

Debido a que yo no había cumplido los veintiuno, no podía entrar a un monasterio sin el permiso escrito de mis padres. Ellos se opusieron vigorosamente a la idea, así que aguardé hasta que la fecha requerida se cumplió y entré al monasterio cisterciense en Valley Falls, Rhode Island, en enero de 1944. Ese fue el tiempo de la campaña de Italia y de la Playa de Anzio. Yo entré al monasterio para rezar específicamente por los soldados y las víctimas de la guerra. Yo estaba bien consciente de que había estado reservado de esta terrible guerra sin mérito propio alguno. Escogí a los Trapenses porque ellos eran la orden más estricta que pude encontrar. En aquellos días se creía que mientras más austera era la vida que tú practicas, lo más probable era que te convirtieras en un contemplativo. Ya no sostengo más ese enfoque, pero puesto que yo fuertemente lo sostuve en ese tiempo, entré en un completo rigor de vida con un dispuesto corazón.

Veinte años más tarde, era abad del monasterio mientras el Concilio Vaticano II estaba concluyendo. Las órdenes religiosas fueron requeridas para revisar sus reglas a la luz del Evangelio y la vida moderna. Por primera vez en 900 años, las observancias de la Orden Cisterciense estaban siendo revisadas. Esto resultó demasiado molesto para muchos monjes.

La vida trapense era muy austera. Nosotros raramente hablábamos con alguien excepto con el abad y el encargado de novicios. Nos levantábamos a las dos de la mañana, comprometidos en vigoroso ayuno, pesada labor manual y largas horas cantando el Oficio Divino en el templo. Raramente escribíamos a casa o recibíamos visitas familiares y nunca íbamos a casa aún por enfermedad o a algún funeral de familiar. Era una especie de muerte. Mi padre lo describía como ‘entrando a una tumba’. Él pensó que era el final de todos los esfuerzos y gastos que había invertido en mi educación.

Con el prospecto de un número de profundos cambios en el estilo de vida monástico, muchas comunidades de claustro fueron severamente polarizadas. Algunos monjes querían permanecer fieles a sus compromisos originales y quedaron profundamente perturbados por alguna sugerencia de cambio. Otros fueron más liberales y quisieron implementar los experimentos que estaban disponibles ahora a cada comunidad. Algunos abades en el capítulo renovacional eran como caballos de carrera en la puerta de salida, esperando la señal para arrancarse e implantar todos los experimentos aprobados. Cuando el permiso llegó, la carrera comenzó.

Yo estuve en Roma en una ocasión con un grupo de abades discutiendo las quemantes cuestiones del cambio. Todos ellos estaban más o menos turbados. El abad en un monasterio a la fecha era el responsable por la decisión final en una discusión. Puesto que los monjes querían diferente cosas, era una situación de no-ganar. Había un sentimiento de frustración, y aún desesperación, dado que las cosas específicas deberían hacerse a la manera de la experimentación. Tampoco había tiempo de revisar los asuntos con suficiente cuidado para decidir si era prudente cambiar o no. Algunas veces la vida pone a uno en situaciones imposibles que ni siquiera un novelista pudiera posiblemente pensar. **La realidad es más impredecible que cualquier libro.**

Durante esta junta varios abades cansados sugirieron que nos tomásemos la tarde libre. Manejamos hacia el sur y visitamos la Playa de Anzio. Allí, nos detuvimos en el cementerio norteamericano donde miles de soldados norteamericanos de la campaña de Italia estaban enterrados. Mientras caminaba por el cementerio con mis compañeros monásticos, miré las cruces y estrellas de David, a medida que avanzamos por las interminables filas de tumbas. Repentinamente, sentí como si estuviera rodeado de amigos. Era como si hubiese llegado a casa en una cálida bienvenida entre personas que gratamente me amaban. Yo sentí una creciente oleada de gratitud que misteriosamente me rodeaba. Yo no podía creer lo que estaba ocurriendo y trataba de disimular mis emociones con aquellos que estaban conmigo. Mientras permanecí allí, caí en cuenta inequívocamente de que esos soldados eran mis amigos especiales. Era como si estos estuvieran diciendo: “Aquí está el hombre que oró por nosotros cuando estábamos yendo al valle Po a ser despedazados. Gracias por ayudarnos con tu vida austera y oraciones cuando más desesperadamente las necesitamos”.

En este punto, las palabras de Monseñor vienen a mi mente y entendí en un instante de reconocimiento su profundo significado: **“Esta guerra, no es para ti”**. La guerra de la cual fui misericordiosamente separado, no significó que yo no tenga una diferente clase de guerra aguardándome. Era como si estos amigos estuvieran diciendo: “Tú estás ahora en una guerra que va a durar aún más que la nuestra. Nosotros te ayudaremos a superarla.” Me di cuenta de que yo les debería a ellos mucho más de lo que ellos alguna vez me hubieran debido a mí.

De cuando en cuando una fórmula doctrinal hace erupción dentro de la experiencia. **Yo pienso que la que recibí en esa ocasión fue una experiencia viviente de la Comunión de los Santos.** Esa doctrina afirma **que aquellos a quienes hemos conocido y tratado de servir en esta vida y se han ido antes que nosotros, están aún cerca de nosotros y están tratando de ayudarnos ahora para que podamos unirnos a ellos a su debido tiempo. En cualquier caso, todo en los asuntos humanos está interconectado. Cualquier cosa que hagamos por los demás, ahora, algún día nos será retornado.** Aún los modernos físicos nos dicen que, en el universo físico todo está interconectado. **Los seres humanos son una sola familia; venimos de una fuente y estamos destinados para un fin.** Algunos son un poco más lejanos, y otros son recaídas y tratar de nuevo. **Esa experiencia me enseñó que cada uno está interrelacionado y que el velo entre nosotros y la próxima vida es en verdad muy delgado.** Esa experiencia me dio el arrojo de luchar las batallas que me son asignadas. En verdad, la guerra por la cual Dios me reservó ha durado largo tiempo. No estoy seguro de que haya acabado aún.

Las palabras que son casualmente descargadas, como lo fueron las de Monseñor, pero alojadas en el corazón, son llamadas “palabras de sabiduría” Ellas son unos de los dones carismáticos descritos por Pablo en la 1ª de Corintios 13 y te convencen de que **a través de ellas Dios te está comunicando algo importante.**

La muerte es solamente una parte del proceso de vivir. **Si la Comunión de los Santos se ha hecho real para nosotros, entonces cada funeral es una celebración de la vida eterna.** Esta es la gran perspectiva de la Misa de Resurrección, el nuevo rito funerario. La muerte no es tan solo una ocasión de pesar, sino una ocasión de regocijo que nuestros conocidos o parientes han cambiado a un nivel más profundo de unión ya que nosotros estaremos con ellos de nuevo. Podríamos no pensar a menudo en estas relaciones, pero cuando necesitamos ser estimulados, tenemos muchos amigos, y estos nunca nos olvidarán.

El Don de Entendimiento puede iluminar cualesquiera de las grandes verdades de la Fe tales como aquellas que nosotros aceptamos en el Credo de los Apóstoles. Súbitamente penetramos su significado experiencialmente. Entonces sabemos que el Don de Entendimiento está trabajando en nosotros y está proyectando nuestra fe a nuevos niveles de penetración y más allá.

CAPÍTULO 13

“EL DON DE ENTENDIMIENTO”

Segunda Parte

El Don de Entendimiento corresponde a la Bienaventuranza de pureza de corazón. Tiene dos lados: nos da una penetrante revelación dentro de las verdades de la Fe y al mismo tiempo una realista visión de nuestra propia debilidad. Cuando está maduro, nos comunica la experiencia de nuestra poquedad y nuestra incapacidad para hacer algo bueno por nosotros mismos. El Don de Entendimiento está principalmente funcionando en la Noche del Espíritu. Cualquiera libertad interior que proviene del purificante amor del Espíritu Santo es de inmenso valor, y es más grande que todos los trabajos externos puestos juntos, ambos por nuestra propia redención y la redención del mundo. No podemos provocar un cambio por nosotros mismos, pero sometiéndolo al amor purificador de Dios, el Espíritu gradualmente nos incorpora dentro del misterio de la Redención, haciéndonos una especie de sacramentos de la presencia de Dios y transmisores de la divina Gracia.

El Don de Entendimiento es como un láser que arroja luz dentro de las profundidades de nuestro espíritu y revela las raíces de nuestros programas emocionales de felicidad así como de nuestros prejuicios y sobre-identificación con nuestros cuerpos, sentimientos, roles, y condicionamientos culturales. No deja nada sin revelar. Al principio, no estamos siquiera conscientes de las tendencias ocultas del pecado dentro de nosotros: estas son algunas veces llamadas los Pecados Capitales. Podríamos estar gozando de un período de cercana unión con Dios que usualmente sigue a la Noche de los Sentidos. Pero en algún momento Dios quiere que vayamos a un nivel más profundo de comunicación, y que involucremos uno de esos períodos de transición en la escalera de caracol en el cual todo es oscuro. Quedamos desconcertados pues no sabemos cuál es el siguiente período de estancamiento en el que nos vamos a involucrar.

La visión del Don de Entendimiento conduce a la gente a la Noche de los Sentidos. Normalmente la O. Contemplativa nos conduce en la misma dirección. La acción divina es minuciosa y al mismo tiempo muy balanceada. En medio de la conciencia de nuestra debilidad, o aún nuestro sentido de rechazo por Dios, surge un ocasional punto de luz; una ventana de los frutos que esta purificación está provocando en nosotros. Podríamos disfrutar una experiencia de Dios que es tan deliciosa que podríamos pensar que todos nuestros problemas quedaron fuera y habremos al fin completado la jornada. Entonces después de unas pocas horas o días nos encontramos en la escalera de caracol y no podemos tan siquiera recordar los placeres de esa efímera experiencia de divina unión. **Todo el propósito de esta alternancia es llevar al alma a la total transformación de amor.**

Normalmente interpretamos las pruebas como castigos de Dios. Este es un malentendido que Jesús trató de clarificar. **Nada en este mundo es un castigo de Dios sino más bien un medio de sanación por algún impedimento a nuestra inserción dentro de la plenitud de la vida y amor divinos.** El Don de Entendimiento nos introduce y sostiene en la Noche del Espíritu, culminando en la Bienaventuranza: *“Benditos sean los puros de corazón porque ellos verán a Dios”.* (Mat. 5, 8).

Una vez, estaba en un taller interreligioso en el cual había un panel de personas que habían estado en los eventos más bárbaros del siglo pasado: dos guerras mundiales, el holocausto, el genocidio de Camboya durante el régimen de Pol Pot, y la guerra de Viet Nam. Este fue el más extraordinario panel que había escuchado. A medida que cada panelista hablaba de su propia experiencia personal, se hacía más y más crítico reaccionar, porque cualquier cosa que pudiera uno decir, sonaría como una trivialidad comparado con lo que estas personas habían sufrido. Una muchacha vietnamita había sido brutalmente abusada por ambas partes en conflicto porque, como supervisor en su aldea, ella había pensado que tenía que cooperar con el enemigo; había sido amenazada de muerte y violada por ambos, norteamericanos y vietnamitas. Un muchacho camboyano fue forzado a mirar la tortura y muerte en el campo de concentración dos veces al día; así, si él hubiese demostrado alguna emoción, igualmente habría sido liquidado. Él nos contó que para sobrevivir, había aprendido a nunca llorar. Se había forzado a sí mismo a no demostrar emoción enfrentando tales horrores. Ahora, sintiendo la inmensa aceptación y simpatía de este grupo de personas, se desplomó y lloró por primera vez.

Había también una dama judía en el panel, quien siendo una niña, estuvo en el llamado Holocausto. Sus dos padres fueron muertos en el campo de concentración a donde habían sido enviados. Mientras contaba su historia, hizo mención de que había establecido una organización humanitaria para prevenir que sucedieran hechos como el Holocausto. Entonces, de paso remarcó, “yo realmente no podría hacer este trabajo humanitario a menos que estuviera plenamente convencida de que, si la situación se hubiera invertido, yo hubiera podido hacer las mismas cosas que habían sido hechas a mi gente”. Mis oídos se abrieron más a medida que prosiguió con su presentación. Aunque mencionó que había perdido su fe en Dios como resultado de haber perdido a su familia, a mí me pareció extraordinariamente cerca de Dios. Ella había descubierto a través del terrible sufrimiento humano, cuán verdaderamente humilde era. La Noche del Espíritu suscita la misma conciencia: sabemos con gran claridad que si las situaciones en nuestra vida fueran cambiadas, nosotros también seríamos capaces de algo malo. **El fruto de la Noche del Espíritu es la total vuelta hacia Dios, sin reservas y sin confiar en alguna forma de apoyo humano.**

El Don de Entendimiento, ya sea que venga mediante terrible sufrimiento o se desarrolle gradualmente a través de una vida de oración, nos hace conscientes de que somos capaces de cualquier mal y que **sólo Dios es nuestra fortaleza. Sólo Dios puede protegernos del mal que podemos hacer si fuéramos situados en circunstancias de enorme tragedia y sufrimiento.** En esta nítida luz, no puede haber euforia u orgullo en los propios dones. No hay apropiación de los propios talentos de uno. No hay sentimiento de ‘ser especial’ o parte de una elite. Todo esto es quemado afuera en la noche a medida que nos concientizamos aún más profundamente de que les debemos infinitamente más a Dios y a los demás de lo que pudiésemos retribuirles.

La humildad es la correcta relación con Dios. Es al mismo tiempo dependencia total en Dios e invencible esperanza en Su infinita misericordia. Esperanza humilde es el camino más corto que conozco para gestionar la travesía espiritual.

En la Noche del Espíritu uno atraviesa por períodos de intenso sufrimiento que pueden durar largo tiempo. En este período, la gente no se beneficia normalmente del consejo sino desesperadamente necesita empuje, estímulo. Justamente sentarse con ellos y tomarles las manos es mucho más provechoso que el aconsejarlos. El consejo suena a banalidad en el

estado en que la persona claramente percibe que todas las buenas cosas que había recibido de Dios se han ido, mientras que Dios parece haberlas abandonado o rechazado. Es una experiencia más intensa que la Noche de los Sentidos, en la cual las consolaciones sensibles han sido borradas. En la Noche del Espíritu nuestra relación con Dios es cuestionada en el más profundo nivel, y uno siente en sí mismo una especie de corrupción monumental. Al mismo tiempo, como en la Parábola de la Levadura (Mat. 13:33), osadamente declara, el Reino de Dios está activo, aún en medio de la corrupción moral.

Un ejemplo que podría comunicar esta idea más concretamente es algo que me sucedió mientras estaba atravesando algunas duras pruebas de este tipo. Vi una película llamada Love Story (con Ryan O'Neal y Aly Mc'Graw), que trata acerca de una pareja, quienes estaban muy enamorados, tan profundamente que únicamente se tenían uno al otro literalmente. El joven se distanció de su familia que era acomodada, al casarse con una chica italiana que no tenía una posición comparable. Ellos se casaron cuando él estaba justamente fuera de la universidad y sin trabajo. Después de que él logra su licenciatura en Derecho y un buen trabajo, a ella le diagnostican cáncer y le estiman solamente unos meses de vida. Ambos piensan en tomar un último viaje a Europa, pero ella estaba muy débil para viajar. En la última escena, ella muere en los brazos de su esposo. A medida que él deja el hospital y camina hacia fuera en la niebla, una patética melodía suena como fondo musical. Él ha perdido absolutamente todo. Su único tesoro ha sido arrancado de él, no le queda motivo alguno para vivir. Se sienta en la banca de un parque mientras la niebla se espesa. **Nos deja con un intenso sentimiento de su absoluta desolación, soledad y pérdida. Pérdida pura.**

Yo vertí cubos de lágrimas antes de caer en cuenta de lo que esta escena significaba para mí. Era un paradigma de la manera en que me sentí en la Noche del Espíritu; era como si Dios hubiera muerto y a mí nada me quedara; era el pesar total. Habiendo puesto todas mis energías en la amorosa búsqueda de Dios, Éste pareciese haber muerto o escapado sin decir siquiera adiós.

No fue el trágico final del romance en Love Story lo que la hizo tan conmovedora para mí, sino más bien **la experiencia de lo que significa perder el 'centro de tu vida'. Esta es, creo yo, la suprema característica de la Noche del Espíritu.** Hay otras penas y muchas angustias en esa Noche, pero los sentimientos de pérdida, rechazo y abandono por Dios son mayúsculos. La gente que habla de esta manera pudiera sonar como si necesitara un anti-depresivo, pero ese no es el remedio en este caso. Aquellos necesitan esperar con ilimitada confianza en Dios para completar el trabajo que Él viene haciendo en secreto. **Él nunca toma algo de nosotros excepto para darnos algo mejor.** Cuando realmente 'tocamos fondo' y no podemos ir más lejos, Dios nos ayudará. Dios no está en esto para acabarnos sino para llevarnos a la Unión Divina. El sentimiento de que Dios está disgustado con nosotros es una proyección de los sentimientos humanos sobre Dios, y simplemente no es verdad.

Un poema podría ayudar a describir las disposiciones internas en este estado:

El crepúsculo del ego.

*Mi alma está solitaria ahora.
No encuentra compañía por doquier,
y no quiere encontrar alguna.*

*Mi único deseo eres Tú,
y Tú estás vacío y ausente.
¿Puede uno amar la ausencia tan intensamente
Que cualquier presencia es una intrusión?*

*Soy como alguien moviéndose en círculos sin rumbo.
Los rituales, las oraciones y símbolos sagrados,
no tienen significado para mí.
Ellos nada comunican de Ti,
quien eres todo para mí.
Pero para quien y de quien no siento amor,
Ni consolación, ni esperanza de consolación.*

*Soy como alguien completamente volteado.
Y nada hay allí—ni tú, ni yo.
Solamente Tu infinita Presencia
que me trata como una cosa sin corazón.
Excepto, quizás, un corazón roto.*

*Yo anhelo relacionarme con cada uno,
y aún no encontrar la manera de hacerlo con alguien.
¿O es solamente una carencia de inclinación?
Porque Tú con quien anhelo desesperadamente encontrarme,
no estás.
¿Dónde está ahora la confianza?
¿Dónde está ahora el amor?
¿Qué permanece cuando la purificación pasiva esté completa y
la Noche del Espíritu se acerque a su final?
Morir al yo.
Es resurrección interna.
Quien soy yo, resurge.
en las cenizas del ego.*

-oo-

CAPÍTULO 14

“EL DON DE SABIDURÍA”

El Don de Sabiduría nos provee de la visión de Dios por las cosas, una clase de perspectiva divina de la realidad que penetra a través de los acontecimientos y percibe la presencia y la acción divinas funcionando, aún en situaciones muy trágicas y penosas. Ver a Dios en el sufrimiento es en verdad un elevado nivel del Don de Sabiduría. Algunas cosas van a ser aprendidas en esta perspectiva que no pueden ser aprendidas de otra manera. **El Don de Sabiduría es la fuente de la Bienaventuranza de los Pacificadores, aquellos que han establecido la paz dentro de ellos mismos y que han ordenado su propia gran variedad de facultades dentro de una unidad que se somete a la inspiración y dirección de Dios.** Ellos son capases asimismo de establecer paz a su alrededor —ya sea en sus familias, comunidades, o lugares de trabajo.

La palabra sabiduría proviene del Latín ‘sapientia’. Su sonido es agradable. ‘Sapientia’ realmente significa ‘conocimiento saboreado’—conocimiento que es delicioso y no meramente conceptual o abstracto. Es como la experiencia de probar una fruta, una muy diferente experiencia de tan sólo leer acerca de ésta en el diccionario.

¿Es realmente posible saborear a Dios? La reapesta es sí, pero no podemos experimentarlo por nuestro propio esfuerzo. Podemos solamente prepararnos para ello reduciendo los obvios obstáculos que podemos percibir y permitiendo la acción del divino amor de purificar nuestras motivaciones inconscientes.

El Don de Sabiduría tiene un muy importante lugar en la O. Centrante porque es este Don el que provoca que la oración a veces esté llena de iluminación, delicia y profundo silencio—un silencio que casi puede ser saboreado o escuchado. **El Don de Sabiduría comunica el misterio de la presencia de Dios como experiencia personal.** Termina con cualquier duda acerca del amor de Dios por nosotros que hayamos traído con nosotros mismos desde la niñez temprana, tales como sentimientos de rechazo o carencia de auto-estima. **No hay mayor afirmación de nuestra benevolencia que ser afirmados por la Divina Presencia.**

Algunas veces ese sentimiento de la presencia de Dios puede ser personificado en un miembro de la Sma. Trinidad más que en otro actuando dentro de nosotros. El Abbá—que significa papá, papito, papi—fue la palabra favorita de Jesús para Su experiencia del misterio del cual Él provino.

La experiencia de Dios, aún en forma muy modesta, es verdaderamente maravillosa. No me estoy refiriendo a la consolación superficial que puede provenir de la música sacra o de un gran orador quien incita nuestras emociones. La estimulación que proviene de los sentidos que incitan la consolación sensible no es el Don de Sabiduría, sino tan solo una buena gracia. El Don de Sabiduría proviene de una muy profunda fuente interior y brota inesperadamente. Esa es la razón de porqué a veces, cuando la O. Centrante es más ‘seca’ y nosotros pensamos que es hora de darnos por vencidos, para nuestra gran sorpresa de repente nos sentimos completamente en paz y virtualmente acariciados por la interior presencia de Dios. Entonces nos maravillamos de qué nos estábamos quejando. Después de

todos nuestros suspiros y gemidos, percibimos que Dios está cerca de nosotros todo el tiempo. Eventualmente superamos tal infantilismo y nos volvemos capaces de recibir los profundos toques de la Divina Presencia—no precisamente una gota de rocío celestial sino lo que parecen olas de amor.

Una característica del Don en cuestión es que **es un don permanente**, aún y cuando se manifieste a sí mismo transitoriamente. Como Don permanente comparte su inspiración tanto con el intelecto como con la voluntad. **Está enraizado en la voluntad y crece al mismo tiempo que la caridad. Ésta crece como resultado de los actos de misericordia y fidelidad a la oración.** Existen serios obstáculos para ello, tales como la renuencia a perdonar y la tendencia a guardar rencor o rehusarse a una reconciliación. Estas cosas obstaculizan la caridad más que otra clase de pecados. El Divino Amor es auto-donación, auto-abandono, y muy eficaz. **La O. Contemplativa nos involucra poco a poco dentro del arroyo de la caridad que fluye ilimitadamente entre las Personas de la Trinidad y a través de la Encarnación dentro de la creación, especialmente dentro de la familia humana.** La gracia continúa invitándonos a ir más lejos y más profundo dentro de ese arroyo. Cuando finalmente pierdes tu punto de apoyo en el arroyo y éste te va llevando, te encuentras en la divina unión. Tu motivo para vivir y para toda actividad tiene sus orígenes en esta unión.

Ocasionalmente tú te haces una particular idea de lo divino. **El Don de Conocimiento tiene que ver con los asuntos humanos; la Sabiduría, con las cosas que son divinas.** La visión de los aspectos del divino misterio tales como, la misericordia, ternura e inmensidad de Dios, son frutos del Don de Sabiduría. Esto afecta tu conducta por lo que tú comienzas a ser guiado, aún en la vida diaria; no en detalle como el caso del Don de Consejo, sino desde una más alta perspectiva que podría ser llamada ‘**el punto de vista de Dios**’. **Viendo las cosas desde la perspectiva misma de Dios, nos capacita a ver todas las cosas ‘en Dios**’. Como Santo Tomás de Aquino dice en su tratado sobre este Don, “El Don de Sabiduría hace de lo amargo, dulce, y del trabajo, un descanso”. Aún en la gran tragedia puedes encontrar una cierta dulzura divina. En cierto modo, desde el punto de vista de Dios, todo está bien. Todo es de hecho, perfecto. **Cuando esa alta clase de perspectiva de la realidad se pierde, sufrimos grandemente.**

Cuando estaba yo por entrar al monasterio, me tomé tres o cuatro días en casa para despedirme de mis amigos y mis turbados parientes. Nadie en la familia tenía la más remota idea de lo que eran los Trapenses. En aquellos días solamente había tres de aquellos monasterios en los EE.UU. Yo me recuerdo caminando por la calle en el más humilde Harlem (donde había estado enseñando catecismo) cuando súbitamente me sentí completamente rodeado por una maravillosa Presencia. **El sentimiento de estar en Dios fue justamente tan poderoso en la calle como alguna vez había sido en el templo.** Yo estaba preparado para pasar por una pared de fuego para entrar al monasterio. Esta clase de gracia me protegió de las conmovedoras despedidas y me dio el valor de estar inmutable ante las lágrimas de mi madre y mi abuela. Ni que fuera católico. Mi abuela estaba especialmente molesta y no había manera alguna para consolarla.

En el punto álgido de los cambios que eran introducidos en la Abadía de San José, en Spencer, Massachusetts después del Concilio Vaticano II, yo tuve una operación de hernia. Yo sospecho que se debió al llevar equipaje completo y herramientas pesadas a nuestras fundaciones en Sudamérica. Estaba en la enfermería convaleciendo, y enfrentando pruebas

interiores, así como temiendo algunos de los experimentos en el régimen Trapense que yo veía venir. Decidí que tomaría un pequeño paseo. Cuando yo salía de la puerta de la enfermería sobre el asfalto, una Presencia de increíble ternura me envolvió; por casualidad levanté la vista y había luna llena. Dios me enseñó en un instante sin palabras, que Él había arreglado todo en mi vida desde el comienzo hasta ese instante, a fin de llevarme a aceptarme a mí mismo justamente como era y entregarme a Él. Todo en mi vida cayó en su sitio como parte del plan divino. Olas de gozo, gratitud y alabanza fluyeron sobre mí de un origen profundamente interno. La Presencia era tan íntima, tan penetrante, tan respetuosa de mi libertad; tan inmensa y aún humilde; tan amorosa y tierna; tan omnisciente; todo poderosa y aún tan sosegada. Era fuerza y estabilidad. Era inalterable e intemporal—tenía la plenitud de todo. En ese momento me di cuenta que Dios sabía todo acerca de mí, aún los pequeños detalles de mi vida ¡y, aún me amaba. Entendí que Dios había creado la luna llena precisamente para mí, justamente para celebrar esta noche en la cual Él escogió manifestar su divino amor por mí. También sentí en esta presencia una cierta distracción en mi asombro.

Comencé a caminar lentamente hacia el camino de acceso; un largo árbol cerca del camino comenzó a destellar de improviso y toda mi vida pasó frente a mis ojos en un instante, dejando la inequívoca impresión de que todo estaba bien. Caminé dentro de un campo, donde todo era Dios. Los árboles, el césped—todo estaba emergiendo hacia fuera de Dios. Yo comencé a saltar de alegría.

No sé que tanto de esa gracia permanece. Las gracias especiales son muy fuertes cuando llegan por primera vez y entonces tienden a decrecer, pero la sustancia de ellas generalmente subsiste. Esta experiencia duró por una o dos horas. Me mantuve brincando y saltando con incontrolable gozo. Mientras regresaba a la casa, la Presencia gradualmente menguó, y yo caí en cuenta de que Dios creó la luna y todo lo demás para cada uno de nosotros, y no solo para mí. ¡Con qué ternura y paciencia Dios nos trata! No hay palabra para describir una Presencia que está completamente unificada pero la cual tiene al mismo tiempo tan increíble diversidad. Uno no puede exagerar cuán bueno es Dios o alabarlo suficientemente. **Aún las alabanzas son banalidades comparadas con el verdadero sentido de la Divina Presencia cuando ésta finalmente te alcanza.**

Es característico del Don de Sabiduría mostrarnos cómo Dios contempla nuestras vidas. Es como una total sorpresa que uno no puede superar. Cada persona es única. Dios continúa concediendo su incondicional amor para cada uno que llega al mundo. Esta es la visión que el Don de Sabiduría imparte: **cada uno es increíblemente amado y cuidado por Dios.** Aún las cosas que encontramos en nuestras vidas siendo las más destructivas, están bien una vez que nos volvemos a Dios. Ellas no son más un obstáculo cuando Dios está preocupado por nosotros.

La Sabiduría es esa misteriosa cualidad que no puede exagerar la bondad de Dios y que nos libera de las mundanas ideas acerca de Dios; tales como que Él es un tirano que tiene un prurito por la obediencia o un juez siempre listo para emitir su veredicto de culpabilidad. O que Él es un policía con todo un FBI de ángeles observándonos paso a paso para apresarnos por alguna falta. Estas son todas proyecciones de nuestro temor a lo desconocido y son las más indignas de Dios. Para inspirarnos a pensar más en grande sobre Dios y aún más grande, está el trabajo del Don de Sabiduría. Cuando nosotros necesitamos manifestar esa comprensión, asumimos retos que nunca nos atreveríamos a enfrentar de otra

forma. **Cuanto más grande es nuestra idea de Dios, lo más probable es que actuemos con magnanimidad en Su servicio.**

La actividad del Don de Sabiduría establece la paz en nosotros y pone orden en todas nuestras facultades, relacionándolas con nuestro ser íntimo, donde Dios habita. Esta es la paz de la que Jesús mencionó como “*no de este mundo*”. **Una vez constituidos en esta paz, podemos ser una fuente de paz para los demás.** De allí la Bienaventuranza: “*Benditos sean los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios*” (Mat. 5:9).

Cuando más se desarrollan los Dones del Espíritu Santo, especialmente los dones contemplativos de: Conocimiento, Entendimiento y Sabiduría, más saborea uno el amor y se deleita con la incomparable naturaleza del Dios Trino.

No obstante, la travesía espiritual continúa aún después del desplazamiento a la Unión Transformante. Allí permanece el desplazamiento desde la divina unión a la unidad, el dejar ir de la propia auto-identificación como punto fijo de referencia; un pasaje que podría ser llamado la Noche del Ego. Quizás un poema pueda sugerir su extraordinaria significancia para el entendimiento del propósito y sentido de nuestras vidas en particular y de todo el proceso de la evolución humana:

La Noche del Ego

Cuando el ego relativiza
y el ‘mí’ desaparece
no hay mucho dejado al tiempo.
hay sólo el momento presente.

El tiempo que una vez fue lo mayor para mí,
como ‘yo’, es ya no más—
solamente un recuerdo.

Cuando todas las búsquedas ansiosas se detienen
la unidad comienza.
Pero cada vez que yo actúo
aún para rezar
la unidad se desvanece.

Cuando todo esfuerzo cesa
yo despierto a contemplar
la siempre-presente Percepción
que guardando silencio observa.